HEROES ESPACIO

BRUGUERA

BOLSILIBROS

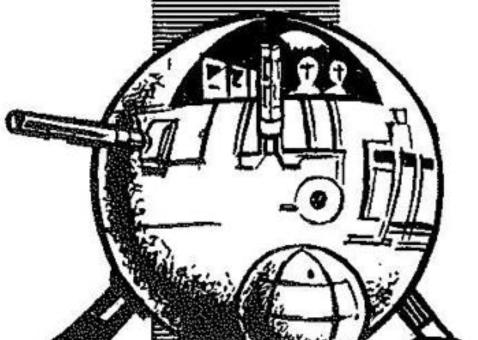
FUTURO

ROBINSONES DEL ESPACIO

BAB FLEMING



héroes del ESPACIO



ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS EN ÉSTA COLECCION

161 — *La espada de Katham*, Lem Ryan.
162 — *El mensaje del pasado*, A. Thorkent.
163 — *El amo del mundo*, Law Space.
164 — *Rescate en Medon*, Eric Sorenssen.
165 — *El ojo de Ukhlan*, Lem Ryan

BAB FLEMING

ROBINSONES DEL ESPACIO

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 166
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
CAMPS Y FABRES, 5 – BARCELONA

ISBN 84-02-09281-0
Depósito legal: B 18.440-1983

Impreso en España Printed in Spain

1.º edición: junio, 1983
2.º edición en América: diciembre, 1983

Concedidos los derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Camps y Fabres, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **EDITORIAL BRUGUERA S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1983

CAPITULO PRIMERO

Leónidas Steel y Ursula Serkov habían perdido el control de la nave *Pléyades II* y vagaban hacia la nebulosa de Orión, siguiendo la curvatura del espacio.

La *Pléyades II* era una nave de lujo.

Poseía cinco espaciosos camarotes, un comedor-living con terraza de flores abiertas a todas las luces de la Galaxia (1[1]) —aunque aislada del cuasi vacío espacial y del bombardeo de los rayos cósmicos por una cúpula transparente—, un salón confortable e iluminado por redondas lunas, cocina decorada con maderas nobles, dos hermosos cuartos de baño y servicios anexos. Lo había diseñado el famoso proyectista ruso Nicolai Tereschovo.

Todo lo cual, formaba la parte inferior o «bajos» de la astronave.

Arriba, en lo que podría llamarse primer piso, el señor Stell tenía el control y mandos de la *Pléyades II*, así como diversos laboratorios, junto con la computadora central que recogía y procesaba los datos obtenidos por los departamentos de análisis.

Nicolai Tereschovo había revolucionado el «hábitat» de los cosmonautas en sus larguísimos periplos por el universo a la velocidad de la luz. Lo primero que necesitaban éstos para no hundirse en la enfermedad del «stress-cosmical», últimamente detectada, era viajar en una especie de piso-piloto terrestre y rodeados de todos los elementos puntuales de nuestro planeta. Es decir, sentirse en su casa, ver la tele por medio de una extensa «videoteca», escuchar música enlatada, bañarse en agua tibia, poner el samovar a punto, y, especialmente, preparar la cocina local de la que no podía sentirse ausente el salmón del Rhin ni el caviar del Volga.

La vestimenta tenía, igualmente, que ser como la terrícola. Los pullóvers, camisas y blusas, mini-bikinis y *shorts* para tomar el sol

artificial en el «helio-sistema» o *solarium* de la nave, y, en general, la indumentaria de estar cómodamente en «casa», así como los trajes y vestidos de gran *soirée* para celebrar los cumpleaños y las onomásticas eran otros tantos motivos de equilibrio síquico entre los transgalácticos.

Desde que construyera la *Pléyades I* —todavía poco evolucionada —, Nicolai Tereschovo era bendecido por millares de astronautas de todos los rincones de la Tierra.

* * *

Ursula encendió un Selenita —tabaco procedente de una explotación agrícola experimental de Mare Nubium, en el Trópico de Cáncer lunar, cerca del cráter Bullialdus—, y envuelta en el humo del cigarrillo, contempló el ansioso y masculino rostro de su compañero de viaje.

Leónidas Steel —hijo de diplomático inglés y madre rusa—, ingeniero astronáutico y miembro de la academia de Ciencias de Moscú, poseía la belleza viril y el encanto personal propios de la civilización eslava en complot con la anglosajona.

Treinta años, atlético, rubio, de tez clara y ojos ligeramente mongólicos, intentaba recuperar el control de la nave.

La *Pléyades II* volaba como una saeta en dirección a la enorme mancha de polvo y gas sideral, interpuesta entre las dos estrellas supergigantes Betelgeuse y Rigel, situadas a unos 521.5 pársec (1[{2}]) de la Tierra, en la constelación de Orión, el Gran Cazador celeste.

Y no había forma de dominarla.

Dejó caer los brazos en actitud desolada.

—¡Nada! —exclamó, mirando a su compañera.

Ursula Serkov, veintitrés años, recién licenciada en medicina espacial, era una bellísima criatura de Kutaisl, ciudad de la República de Georgia famosa por la longevidad de sus habitantes, ya que el propio abuelo de Ursula contrajo matrimonio a los ciento ocho años y murió en plena luna de miel.

—¿Nada, Leónidas?

—Salimos de la órbita solar…

—¿Y…?

—¡Sabe Dios nuestro destino!

—¿No puedes conjeturarlo?

—Sí —expresó—, caminamos hacia Rigel.

—¿La supergigante de Orión?

—Blanco-azulada de primera magnitud, ciertamente —confirmó el ingeniero, iluminando un panel por encima del condensador electrovoltaico, que sectorializó una zona ecuatorial del firmamento —, ¿lo ves?

—¿Orión?

—¡El Gran Cazador! —Steel manipulaba los cuadros de mando para orientar el potentísimo telescopio de la nave que, finalmente, situó a 5 horas 13 minutos de ascensión recta y a — 8 grados 15 minutos de declinación—, ¿Observas los «bordones» o Palo de Jacob...?

—¿Te refieres a las tres estrellas centrales que forman el cinturón del Cazador?

—¡Exacto!

Leónidas se entusiasmaba hablando del firmamento galáctico pese a la tragedia que vivían.

La muchacha se llevó el pitillo a los labios.

Sus conocimientos no eran, en verdad, astronómicos sino de detectación de gérmenes cósmicos capaces de propagarse en la Tierra y provocar epidemias catastróficas e irreversibles. La medicina espacial trataba, pues, de descubrir tales agentes infecciosos, de aislarlos en el laboratorio biológico y de combatirlos, por último, mediante una terapia adecuada.

—Si la nave se ha desbocado... —dijo, utilizando un símbolo terrestre—, ¿cuánto tiempo tardaremos en llegar a las proximidades de Rigel? — preguntó Ursula.

—Unos dos mil años.

—Y otros dos mil para regresar en el supuesto que podamos hacerlo, ¿no?

—Sí.

—Total cuatro mil y pico de años... —Ursula se arregló un rizo rebelde que le había caído sobre la frente. Luego, rompió en una risa nerviosa y amargamente sarcástica—. ¡Pobre Ivan Ivanovich! ¡Qué viejecito se me pondrá esperándome!

Se refería a su novio, miembro importante de la academia de

Ciencias como Serkov.

—Lo siento —expresó éste, condolido—, pero si conseguimos volver a la Tierra, todo estará cambiado y será distinto... No sólo Ivan Ivanovich sino nuestros padres y nuestros amigos y maestros, se habían convertido en cenizas, retomando al estado molecular de la materia... «polvo somos», como dijo El.

La mujer aplastó el Selenita en un cenicero del *tablier*, exclamando:

—En cambio, para nosotros, sólo habrán transcurrido unas horas, tal vez unos días...

—En efecto.

—¿De tal forma se contrae el tiempo en un estado de inercia dado que lo vemos pasar por encima de nuestras cabezas sin que jamás consigamos peinar canas? —fue la pregunta-afirmación de la mujer, y agregó—: ¿Puedes acelerar la nave hasta este punto?

—¡Apañados estañamos! —repuso Steel—. La *Pléyades II* se convertiría en un ataúd volante dentro de cuarenta o cincuenta años a la velocidad actual. Los dos seríamos muy ancianos... —consultó los elementos de control, precisando—: ¡Qué casualidad! Volamos como la Tierra alrededor del sol... a unos 108.000 kilómetros por hora (1[3]).

Ursula se aproximó al gran cristal de proa, por donde desfilaba Titán, la gran luna de Saturno provista de atmósfera. Luego, le dio la espalda y saltó a otros aspectos relacionados con la trágica avería de la nave.

—¿Funcionan los retrocohetes, Leónidas?

—Sí —dijo—. El frenado está en orden.

—Mejor que mejor —suspiró—, pero ¿sabes ya dónde tendremos que aterrizar?

—Someramente... ¡Observa! —Steel reflejó en la pantalla las cercanías de Rigel, estrella 60.000 veces más brillante que el Sol. Sobre esta gran esfera luminosa se veían unos puntos negros que la cruzaban a distintos planos como cuerpos opacos planetarios—, ¿No ves? ¡Es el sistema «rigeliano»! Puedes contar hasta veinticinco planetas de diferentes tamaños y configuraciones básicas atrapados por la gravitación de la supergigante blanquiazulada... ¿En cuál de ellos será posible la vida?

La doctora en medicina espacial se dejó caer en una butaca

mostrando las espléndidas piernas. Piernas que tanto habían atraído a Ivan Ivanovich y que ya nunca más volvería a ver en el apartamento que tenía él en la Katuzovsky Prospekt de Moscú. Un lugar encantador.

—¿Y si no fuera así, Leónidas Steel...? ¿Y si en ninguno de ellos hubiera una atmósfera apta para nosotros?

—Continuaríamos el viaje, pero...

Comprendió Ursula por qué se había detenido Steel en su esperanzado discurso. Si ninguno de los planetas «rigelianos» fuese adecuado para vivir, ¿de qué forma conseguirían atravesar la inmensa nube de gas incandescente y polvo cósmico que constituía la nebulosa de Orión sin que inmediatamente fueran vaporizados por el intenso calor generado por la fricción de la nave con la materia nebular?

Tal le ocurriría a la *Pléyades II*.

No había vuelta de hoja.

—¿Conseguiríamos pasar, Leónidas?

—No.

Steel accionaba los sensibles mecanismos de observación espacial por si descubría alguna posibilidad de «planetizar» en el campo de influencia gravitatoria de la estrella. Seis instrumentos de rayos X, de ultravioleta y longitudes de onda visibles, enmarcaban los alrededores de la gigante azul-blanca y la escudriñaban atentamente con los mil ojos de la técnica astronómica.

Al final de la larga inspección, Leónidas observó un punto negro prometedor entre los veinticinco puntos que orbitaban Rigel.

—¡Por todos los santos iconos! —murmuró el ingeniero, extendiendo el brazo hacia la pantalla y dando muestras de infantil excitación—. ¡He ahí nuestro nuevo hogar!

—¿Dónde?

El brazo de Steel singularizó una mancha negra insignificante dentro del panel gigante.

—¿La ves?

La doctora Serkov experimentó una gran decepción ante aquel coágulo de tinta.

—¿Esto?

—Es un astro azul como la Tierra —argumentó el hombre, leyendo los datos que le suministraba la computadora—. También

tiene su densidad media… 5.5, ¡maravilloso! La masa es de 6000 tollones de toneladas y la temperatura y composición atmosférica se corresponden…! Fantástico!

Era tal la alegría que experimentaba el joven ingeniero que se puso a bailar una danza cosaca en tomo al recinto de control de la nave ante el asombro de Ursula que veía el porvenir lleno de grandes incógnitas y en modo alguno susceptible de ser festejado con ritmos folklóricos. Pero era tan optimista la expresión de Steel que al final terminó por contagiarla.

—¿Crees que viviremos a gusto en este puntito negro hasta que consigamos reparar la astronave?

El ingeniero interrumpió inmediatamente el compás de sus piernas y miró a la doctora con gravedad.

—Depende.

—¡Menudo! —murmuró desalentada—. ¿De qué depende, Leónidas?

—De los habitantes del planeta si los hay.

—¿Puede haberlos allá?

—Bueno… —titubeó—, todo es muy extraño.

La actitud de Steel intrigó todavía más a la mujer.

—¿Extraño? ¿En qué sentido? —y porfiando—: ¿Por qué no te explicas?

Leónidas atascó la pipa.

—Mira —dijo—, encuentro un aparente contrasentido entre la edad de la estrella y la avanzada fase de evolución del planeta de referencia… —Tras encender la picadura, continuó—: Rigel es un astro muy joven y muy despilfarrador de energía, pues quema el combustible nuclear a una velocidad sesenta mil veces superior a la del sol terrestre. La antigüedad de la estrella no puede entonces rebasar los cien millones de años (1[{4}]).

—¿Tan poco?

Steel asintió con la cabeza y duplicó la interrogación de manera afirmativa.

—Tan poco. Sin embargo —agregó—, el planeta al cual nos dirigimos no es un planeta adolescente sino evolucionado, maduro, azul… Tiene vida propia. ¿Comprendes el porqué de esto?

—No.

—La cuestión de cómo puede orbitar un planeta viejo en tomo a

una estrella recién nacida me lo explico yo de la única manera posible, aceptando que aquél fue capturado por el supergigante azul en virtud de su enorme fuerza gravitacional. Siempre ha ocurrido así. El material estelar forma conjuntos estables a partir del caos. Los astros pequeños son atrapados, y a veces engullidos, por cuerpos de gran masa con independencia de que ésta se halle dispersa en una enorme esfera caliente, como es el caso de Rigel, o en una esfera superdensa de apenas 16 kilómetros de diámetro como ocurre con las estrellas neutrónicas, que, un centímetro cúbico de materia… algo así como una cucharada, pesa alrededor de 10.000 billones de gramos.

Ursula Serkov estimó que la posibilidad que apuntaba el ingeniero de que Rigel capturara planetas de estrellas próximas era una cosa razonable, y, en el caso concreto del cuerpo celeste al que se dirigían, la única hipótesis admisible.

Rigel se convertía así en uno de los muchos ladrones del espacio, o dicho de otro modo, en un capturador de presas sidéreas. Quizá por esto, los antiguos conocieron a la constelación de Orión como el Gran Cazador estelar.

Sea de ello lo que fuere, la nave prosiguió su inexorable camino hacia Rigel.

CAPITULO II

Ivan Ivanovich estaba desolado.

Ivan Ivanovich estaba desolado.

Tan desolado, que cometió la locura —impropia de un hombre de ciencia como él— de lanzarse al Cáucaso para seguir la trayectoria de la *Pléyades II* bajo el ocular del reflector de Zelenchukskaia (1[5]), cosa verdaderamente imposible tratándose de un cuerpo tan pequeño como la astronave de referencia.

En vano intentaron disuadirle sus compañeros de la academia moscovita de Ciencias. En vano le explicaron que las comunicaciones por radio y las imágenes televisadas funcionaban a la perfección y retransmitían puntualmente cuanto ocurría en el interior de la *Pléyades*.

Ursula Serkov, por su parte, también prodigaba las más dulces palabras de resignación y de amor eternos al desventurado Ivan Ivanovich.

—Te querré —le decía—, aunque hayan transcurrido cinco mil años a partir del día de tu defunción.

Promesa verdaderamente inaudita —que hubiera hecho la felicidad de cualquier hombre—, pero que aprovechaba muy poco a Ivan Ivanovich.

Así marcharon las cosas hasta que una segunda y dramática avería interrumpió las comunicaciones de la astronave con la Tierra.

El hecho ocurrió cuando la *Pléyades* se hallaba bañada por la luz vibrante de Plutón, ya que el planeta recogía los débiles destellos solares y los reflejaba en el espejo de gas metano —helado a temperaturas de — 225 °C—, que cubría enteramente su superficie. La superficie del último viajero (?) del sistema solar.

A partir de aquí, la *Pléyades II* se convertía en un cuerpo artificial y apátrida, inmerso en todas las vicisitudes del universo y sin otra

defensa posible que una débil capa de metal protector que le aislaba coyunturalmente de las mortíferas radiaciones cósmicas.

* * *

Nicolai Tereschovo escuchaba a Ivan Ivanovich con mucha turbación, pues el chico peroraba a lágrima viva.

Pero, en los escasos momentos de relax, el sabio argüía:

—Camarada, ¿cómo quieres que te entregue, construida y diseñada, la nave con la que ansias perseguir a tu amor? ¿No comprendes que eso es imposible?

—¡No lo comprendo!

Tereschovo intentaba romper la tozudez de Ivan.

—Camarada astrofísico… ¿no te resultaría más práctico y económico olvidarte de la doctora Serkov y sustituirla por cualquiera de las bellas jovencitas que discurren por las calles de Moscú?

—¡Infame traición!

—Piénsalo, hombre…, piénsalo.

—¡Ya está pensado!

—Reflexiónalo de nuevo con calma, Ivan Ivanovich —porfiaba el bondadoso Tereschovo.

—¡El diablo te lleve, Nicolai! —esgrimía oralmente el desconsolado—. ¿Puedo permanecer tranquilo si Ursula va cautiva de la *Pléyades* para recorrer con otro hombre todos los mundos de Dios…? ¿Tengo yo que envejecer y morir calmosamente aquí, en la Tierra, sin que jamás vuelva a saber de ella…? ¿Piensas acaso que tengo el corazón de granito?

Tereschovo sabía que no, que el corazón de Ivan Ivanovich era aterciopelado como la lana de los borregos de Kazakistán.

—Por tenerlo como dices —le alentó Nicolai—, te hablara yo de las bellas alumnas de la escuela Politécnica. Tales jovencitas —agregó— podrían curarte la vieja inclinación que sientes por la «fugitiva» doctora.

—¡Fugitiva a la fuerza… Nicolai Tereschovo! —le recordó, congestionándose.

—Lo sé, lo sé… pero ¿descartas la posibilidad de que… pasado el tiempo, claro… Ursula Serkov se enamore del apuesto Leónidas Steel,

miembro, como tú, de la academia de Ciencias?

—¡Extravagante!

—¿Por qué...? ¿No vivirán acaso miles de años juntos...? ¿No será la doctora Serkov quien cuide de Leónidas si un día le duele la barriga y... viceversa?

La referencia a dolores de esta naturaleza encrespó a Ivan Ivanovich porque le hizo imaginar otras muchas cosas. En el rondo, era un tipo bastante celoso.

Con contenido agravio, interrogó:

—Hablando claro y sin eufemismos, Nicolai Tereschovo, piensas que Ursula Serkov quizá se decida a ponerme los ruemos allá... en las estrellas?

—Hombre...

—¿Qué?

—Bueno...

—¿Te parece natural?

—Sí.

—¡Eres un estúpido, Nicolai Tereschovo!

El insultado comprendía y se compadecía del dolor del astrofísico. ¡Ahí es nada que su novia volara por los aires hasta desaparecer del horizonte en compañía de otro individuo!

No ocurría todos los días.

—Calma, calma... Ivan Ivanovich. Veamos, ¿qué quieres claramente de mí?

—¿No te lo dije?

—Repítelo.

—¡Una nave!

—¡Una breva! —gritó Nicolai, cabreado por tanto insistencia—, ¿Te figuras acaso que soy el dueño del complejo industrial de Cheliabinsk y que puedo regalar cosmonaves a los amigos como si se tratara de botellas de vodka? En todo caso —agregó, dulcificando el tono—, procura convencer al comisario del décimo plan quinquenal.

—¿Yuri Smimov?

—Exacto.

Pero Ivan Ivanovich conocía al camarada Smimov y sabía que era un hueso. Además tenía fama de misógino, o sea, que las mujeres le causaban adversión. En estas circunstancias, consideró dudosísimo que el comisario del plan pusiera una nave en sus manos para

intentar el rescate de la doctora Serkov.

—¡Yuri es un estrecho! —graznó.

Nicolai Tereschovo se encogió de hombros.

—Nada puedo hacer yo —dijo de forma totalmente fatalista.

Sólo un camino le quedaba a Ivan Ivanovich: ¡robarla!

Sabía que Nicolai Tereschovo tenía las llaves de seguridad del campo de pruebas de la fábrica, por lo que no resultaría imposible sacar un molde en cera de las mismas…

Luego tendría que introducirse en la factoría de Chelia-binks —dudad también famosa en el campo de la industria atómica—, para burlar la vigilancia de los guardias y despegar del cosmódromo turístico, situado en una bonita planicie de los viejos Urales a horcajadas de Siberia.

Sin embargo, no dejó traducir ninguno de estos pensamientos mientras hablaba con Tereschovo.

En un momento dado:

—Me gustaría discutir este asunto con más calma, con el espíritu más sosegado…

A Nicolai le pareció bien.

—No me voy de Moscú hasta finales de mes. Precisamente tengo que recoger unas instrucciones de Yuri Smimov, y, si quieres, puedo anticiparle tus proyectos.

—No…, no lo hagas.

—¿No?

Ivan Ivanovich suspiró lentamente.

—¿Por qué no cenamos juntos cualquier noche de éstas, Nicolai?

—Me parece bien… ¿dónde?

—¿Dónde mejor que en tu casa, camarada Nicolai Tereschovo?

El aludido sonrió.

Su mujer, Natacha Bombonova, tenía fama de ser una de las mejores cocineras de la calle Frunze —que quedaba por delante del ministerio de Defensa— y no era ocasional que los grandes jerarcas de la política moscovita, empezando por el Politburó y el Presidium, se pararan en casa de Nicolai Tereschava para degustar tranquilamente el exquisito arte culinario de la apañada Bombonova.

—De acuerdo…, granuja.

Al rato se despedían.

El piso de Nicolai era un apartamento privilegiado en las

proximidades de la Katurovsky Prospekt —donde también vivía Iban Ivanovich— y que se había convertido en zona residencial de los comunistas de ringorrango.

CAPITULO III

La *Pléyades II* se estaba acercando al planeta «rigeliano» después de casi dos mil años de ininterrumpida navegación espacial.

Afortunadamente —y pese a la fantástica velocidad de crucero del vehículo— ningún objeto sidéreo se había interpuesto catastróficamente en su trayectoria, debido, en gran parte, a las potentes fuerzas de repulsión electromagnética de que estaba dotada la *Pléyades* para desviar el curso de los «cosmo-litos» (1[{6}]) que se acercaban peligrosamente a la nave. En este sentido, actuaba como un rompehielos del espacio, dentro de límites razonables.

La doctora abandonó el libro que leía —*Exploration of Outer Space* de Lowell, precisamente—, y se levantó de la butaca para encararse con el ingeniero.

—¿A qué distancia nos hallamos de Domingo, Leónidas?

Este sonrió.

Habían bautizado el futuro hogar planetario con el nombre de uno de los personajes que figuraban en la historia de Robinson Crusoe, porque, en cierta forma también ellos se consideraban «robinsones del espacio».

—A unas veinte mil unidades astronómicas, aproximadamente (2[{7}]) — repuso.

—¿Todavía no puedes saber si Domingo está habitado o no, Steel?

—Desgraciadamente.

Ursula contempló Rigel —en el fondo del horizonte-no mayor que una luminosa naranja de azulinos destellos.

Más allá —al el otro extremo de la constelación— asomaba Betelgeuse —la roja y gigante estrella capaz de albergar a cien millones de soles terrestres—, formando el hombro derecho del Gran Cazador.

El resto del horizonte visible estaba lleno de galaxias, agrupadas en cúmulos galácticos, cuyos conjuntos se movían como las

bailarinas de un ballet.

¡Y había miles de millones de cúmulos galácticos —algunos formados por miles de galaxias— tachonando el universo, aparentemente infinito!

—¿Crees que Domingo nos recibirá con los brazos abiertos o como a enemigos del sistema...? ¿De qué forma nos verán ellos?, ¿como seres monstruosos o normales?

—¿Monstruosos?

—Ya me entiendes. Es un decir.

—¡Ira de Dios! —saltó Steel espontáneamente—. ¡Si te vieran como un monstruo estarían ciegos!

La mujer entornó suavemente las pestañas para mirarle.

—Suena muy bonito..., Leónidas.

El ingeniero se sonrojó.

Nunca se había comportado galantemente con ella porque respetaba a Ivan Ivanovich, último amor de la deliciosa mujer. Tampoco deseaba que sospechase que él quería aprovecharse de las circunstancias.

Consultó el reloj de forma maquinal.

Viéndole nervioso y embarazado, Ursula Serkov no intentó acosarle.

—¿Qué hora tienes?

Seguían la norma terrestre, de acuerdo con el meridiano Greenwich.

—Las doce del mediodía —repuso el hombre intrigado—. ¿Es importante?

—¡Tú dirás! ¡Tengo que preparar el pastel de manzana!

—¡No!

—¡Y tanto! —replicó ella en plan de ama de casa—. El lechoncito ya está dorándose en el homo... Hoy es un gran día para nosotros.

Steel parpadeó desconcertado.

—¿Hoy? — inquirió sin recordar.

—Dentro de dos horas se cumplirá el segundo milenio de nuestra partida de la Tierra...

—¡Cierto! —exclamó—. ¡No tengo perdón de Dios!

—Yo te absuelvo en su nombre —se rió la doctora.

—¡Qué extraño es el tiempo! —dijo Steel—. Parece ayer mismo que abandonamos el campo de pruebas de Podolsk, al sur de Moscú,

y hemos envejecido una friolera de años... ¡Veinte siglos!

—Nosotros no.

—Por fortuna... Pienso, sin embargo, en nuestros amigos de la Tierra, en todos aquellos que nos querían y... —se interrumpió para no abrir la herida sentimental de la doctora.

La interesada, no obstante, leyó el pensamiento del hombre.

—Te referías a Ivan Ivanovich, ¿verdad? —Ante el silencio culpable del ingeniero, agregó—: ¡Pobre amor mió...! ¡Cómo se me habrá puesto! ¡Un montoncito de frías cenizas nada más! —suspiró dando un sorprendente giro a la conversación—. Anda, Leónidas... acompáñame a la cocina —dijo—. Ya sabes que necesito un ayudante cuando celebramos festividades fuera de serie como la de hoy. Sola no me encuentro..., no me basto.

—¡Por Dios! — exclamó fervorosamente el hombre—. Con gusto te echaré una mano, Ursula...

—Eso, eso...

* * *

Sin embargo, la historia de Ivan Ivanovich no era la que imaginaba la bella «robinsona del espacio».

Todo empezó una noche —de hacía dos mil años— en casa de Nicolai Tereschovo.

El muy granuja aprovechó las buenas chuletas preparadas por la señora Bombonova para drogar al matrimonio. Como se le fue la mano en el vodka, los Tereschovo se pasaron treinta horas durmiendo de un tirón, pero Ivan Ivanovich consiguió sacar un molde de la complicada llave del almacén cosmonáutico de Cheliabinks.

Al día siguiente se trasladaba a los Urales trabando amistad con una ingeniero del complejo, una tal Valentina Lazareff, de sabrosas y apasionadas curvas.

Cuando estaba de guardia técnica por las noches, Ivan Ivanovich iba a hacerle compañía y los dos se besaban hasta las primeras luces del alba.

—¡Me vuelves loca, Ivan! —exclamaba la desmelenada Lazareff.

Pero, entre beso y beso, Ivan Ivanovich fue levantando un plano

interior del almacén así como del lugar donde se situaban, o dormían, los vigilantes encargados de la seguridad de la factoría

A los veinte días justos de divertirse con la encantadora Valentina Lazareff —especialista en grandes contactos—, el desconsolado Ivan Ivanovich encerraba a la chica en un guardarropía del cosmódromo y se daba el bote en una modernísima *Pléyades II*.

Inútil reflejar la indignación y asombro de la bella ingeniero al verse burlada en sus sentimientos, y en sus carnes, por un ladrón de vehículos espaciales.

Recordaba aún los últimos y traidores besos del galán.

—¡Mamón…! ¡Vivales…! ¡Fantasma!

Estuvo enferma.

Luego, fue deportada a un campo de castigo de Siberia por su jefe. El tribunal depurador de responsabilidades encontró que Valentina Lazareff era culpable de lujuria y desenfreno con un tipo que —en vez de evadir divisas como «un hombre del maletín»—, evadía cosmonaves a los espacios galácticos.

¡La fábrica de Cheliabinks se convertía así en un motivo de risa para sus competidoras de Occidente!

* * *

Ivan Ivanovich escapó del territorio ruso convertido en una saeta de luz.

Sin embargo, cayó pronto en la cuenta de que los víveres que había comprado en un comercio de la ciudad —y que por las noches introducía subrepticiamente en el complejo-resultaban del todo insuficientes para emprender un viaje —o persecución—, que igual duraba treinta, que cuarenta o cien mil años.

También dominaba poco la técnica del radar para no perder la pista de un objeto volador tan pequeño como el que servía de cárcel a Ursula Serkov. Comprendió que si se extraviaba por el brazo espiral de la Galaxia estaba perdido. Reencontrar la nave fugitiva sería como buscar una raspa de sardina tirada en el océano Pacífico.

A pesar de todo esto, tuvo el duende de cara. Aunque le separaban casi tres billones de kilómetros de sus predecesores, Ivan Ivanovich marchaba recto a la constelación de Orión, haciendo una

sola comida al día.

Periódicamente se miraba en el espejo y abría nuevos agujeros en su cinturón.

—Cuando termine con el último bocado —murmuraba para darse ánimos—, me alimentaré de amor...

Mejores intenciones no podía tener el chico.

CAPITULO IV

—Voy a decelerar la nave —exclamó Steel a punto de hundirse en la atmósfera de Domingo.

Inmediatamente funcionaron los retrocohetes.

La operación era delicada. El roce de la *Pléyades* con las moléculas gaseosas podía vaporizarla. También un frenado repentino provocaría una enorme liberación de energía cinética de catastróficas consecuencias para ella.

Leónidas estaba tenso y pendiente de los datos que le suministraba la computadora.

Por fortuna, el planetizaje se efectuaba sin contratiempos.

Atravesaron grandes conglomerados de nubes blancas como la leche.

—¡Fantástico! —exclamó la mujer, deslumbrada.

Acababan de salir de los cúmulos, y, por primera vez, desde hada muchos siglos, volvían a contemplar el agua y el verdor planetario a 162 mil billones de kilómetros de la estepa rusa.

—Tienes razón —exclamó Leónidas tan extasiado como la doctora—. Es realmente fascinador.

Los dos viajeros comprendían ahora por qué Domingo era un planeta tan extrañamente azul. Todo él constituía un océano fulgurante —un pan-océano que reflejaba la luz cegadora de Rigel arrebatada de furiosas tormentas termonucleares—, y, sobre este manto líquido, emergían tres pequeñas islas, no mayores que Islandia, triangulando la iluminada cara del planeta. Las tres tenían forma irregular, pero sin los profundos fiordos que recortaban las costas de la isla terrestre.

El resto era todo agua... ¡sólo agua!

—¡Fabuloso para practicar los deportes náuticos! —frivolizó Steel.

En efecto el planeta parecía una enorme hidrosfera viajando por el espacio «rigeliano».

La *Pléyades* se movía como una gaviota buscando sitio donde descansar…

—El mar deslumbra —dijo la doctora, buscando sus gafas antisolares.

—Como la nieve de los altos picachos —repuso Steel.

Pero, conforme se aproximaban a tierra firme para hallar el lugar idóneo de anclaje, advirtieron que las islas eran aún más pequeñas de lo que habían observado, pues el pleamar ¡as cubría en sus dos terceras partes. Las mareas eran muy fuertes en Domingo ya que tres lunas del planeta se alinearan con Rigel cada cuarenta horas.

Steel dedujo que estas ondas de marea estructurales también se propagarían por el interior del astro provocando grandes terremotos y erupciones volcánicas.

En efecto, un grupo de humeantes volcanes se erguían en as zonas más fértiles y elevadas de la isla. Las fajas costeras, por el contrario, eran bajas y arenosas, plagadas de marismas y de bancos de escasa profundidad. Inseguras.

Ursula Serkov descubrió —lo mismo que Steel— estos preocupantes contrastes como nota más destacada del terreno que discurría bajo el fuselaje de la cosmonave.

Los rotores empezaron a funcionar, y el vehículo espacial se comportó como un helicóptero.

—Planetizaremos en la alta meseta central —murmuró Leónidas mientras empujaba la nave en aquella dirección—.

Estaremos al abrigo de las mareas vivas. ¿No te parece, Ursula?

—Sí, pero…

—¿Qué?

—Todo esto me fascina, pero me causa aprensión.

—¿Aprensión…? ¿Por los volcanes?

—No sabría decírtelo…, querido.

Leónidas le buscó la mano y se la apretó con calor.

—Pues me parece que vamos a estar solos —dijo—. No distingo una sola cabaña en todo lo que abarca mi vista.

—Cierto —convino ella.

—Así que tranquilízate.

—¿Crees que es mejor la soledad?

—Depende —repuso Steel con sentido del humor—. Será más difícil encontrar piezas de recambio para la *Pléyades*.

Los bellos ojos de la mujer le persiguieron.

—¿Difícil o... imposible, Leónidas?

Aunque éste intentó frivolizar de nuevo, el interrogante planteado por la doctora le cortó la chispa.

—Nunca pienso lo peor.

Ella analizó la respuesta.

—Tal vez tengas razón —dijo—. No anticipemos desgracias.

Continuaban bajando...

Las altas llanadas del interior estaban cubiertas de herbazal, no excesivamente crecido, pero formando una auténtica alfombra, que llegaba hasta el mismo pie de los volcanes. Los conos de éstos eran raramente perfectos y las paredes exteriores —las laderas— grises y pulimentadas como las chimeneas de los altos hornos combinados de la siderurgia de Cusovoj, donde había trabajado Steel al salir de la politécnica.

Gran cantidad de árboles, de aspecto silvestre, moteaban el herbaje que se extendía en todas direcciones hasta la conjunción del horizonte. Todos ellos tenían formas y aspectos desconocidos y de algunos pendían enormes frutos, protegidos por cáscaras de colores. Pero en medio de aquel Edén —que bien pudiera servir de Paraíso a la primera familia del planeta—, ni un solo pájaro acuchillaba el aire con sus alas: con su garganta trinadora.

Esto sólo podía significar dos cosas —siempre en términos terrestres—, que la evolución de la vida no existía en Domingo o que ésta se había detenido en los vertebrados inferiores: reptiles, anfibios y peces.

Pero ¿cómo era posible tamaño estancamiento en un planeta maduro y arrancado de la gravitación de una vieja estrella por el potente Rigel...? ¿Acaso se había producido cataclismos biológicos al saltar de órbita?

—El enigma sigue en pie — murmuró en voz baja.

—¿Qué enigma?

—No, nada.

La *Pléyades II* se encontraba a unos doscientos pies del suelo. El trípode de sustentación, extendido en toda su longitud, apuntaba directamente hacia allí.

El lugar estaba libre de árboles y parecía perfectamente plano bajo una hierba espesa y rala como césped recién roñado.

El ruido de los rotores se hizo más suave y la cosmonave —de cinco metros de altura— fue acercándose al suelo. Tras unas ligeras sacudidas el fuerte y basculante trípode se hincó en el terreno consumando el planetizaje.

Las palas dejaron de girar y el más profundo silencio envolvió a los visitantes…

—Hemos llegado.

—Sí —confirmó la doctora—, el billete no da más de sí.

—Entonces… podríamos bajar, ¿no te parece?

—Bueno… —repuso ella en el mismo tono festivo.

Steel consultó las condiciones climatológicas del ambiente r planetario con el que se enfrentaban.

—Presión 780 milibares…, humedad cincuenta por ciento…, ventolina de dos nudos hora… —recitó en voz alta.

—¿Temperatura?

—Sesenta y ocho grados (1[8]).

La propia y habitual de Moscú durante el mes de agosto.

—Como un verano en los campings del Moscova —dijo.

—Sí, muy agradable.

Pasaron a discutir el problema de la indumentaria, más bien escasa. Como se comprende, jamás pensaron realizar un viaje de dos mil años por la Galaxia, y menos aún, veranear —siquiera fuese temporalmente— en un planeta próximo a la nebulosa de Orión. Tales imprevisiones se acusaban en una falta de ropero.

Pero también resultaba evidente que no podían salir de la nave para corretear los campos de la isla como lo hubieran hecho por los trigales de Ucrania en igualdad de condiciones

—¿Qué me pondré que me favorezca? —interrogó la animosa doctora.

—El mono de nilón impenetrable —repuso Steel sin titubear—, y botas de alta caña para prevenir cualquier posible ataque de reptadores venenosos.

—Insectos, ¿no?

—También, también…

Aunque la isla se le antojaba inocente y paradisíaca, Ursula Serkov comprendía la prudencia de su compañero

—¿A rostro descubierto?

—Preferible que usemos la escafandra transparente —decidió—.

Luego, ya suavizaremos las medidas de seguridad si las realidades bioquímicas de Domingo son las que parecen. Confío que en breve —añadió esperanzado— podamos bañarnos y tomar el sol alegremente como si nos encontráramos en las playas de Odesa o de Feodosia, junto al mar Negro.

—¡Qué lejitos está todo esto, querido! —se burló la mujer al tiempo que tomaba una decisión—. Voy a cambiarme.

Steel la vio partir, bella y fascinadora, como una reina del Cosmos. El corazón le batió con fuerza.

En este estado de ánimo, salió de la torre de control caminando recto a su dormitorio…

* * *

Ivan Ivanovich recontaba los víveres de memoria ya que consideraba un despilfarro gastar bolígrafo y papel para tan poca cosa.

Estaba ya en los puros huesos, pero era un tipo valiente y un Romeo constante.

Seguía adelante.

Con el calzón caído.

Su determinación era de tan granítica naturaleza, sin embargo, que no le asustaba embestir la constelación de Hydra — situada a 250 mil trillones de kilómetros de la Tierra— si lo demandaban las circunstancias de su amor.

—¡El corazón no conoce fronteras! —exclamaba.

Y proseguía el viaje cósmico como si se trasladara de Yalin a Sochi en un paquebote turístico en época de vacaciones en el mar Negro.

No obstante, de unos meses acá observaba extraños fenómenos en el cielo que le traían inquieto y desasosegado.

Se cruzaba a veces con grandes piedras pero de formas purísimas e inquietantes, que incluso despedían fuegos como volcanes erráticos, y que, durante fracciones de segundo, acompañaban a la *Pléyades* a la misma centelleante velocidad de la luz.

¿Cómo puede ser esto? —se preguntaba Ivan Ivanovich una y otra vez.

Al infeliz le sobraba razón.

Fuera de los neutrinos (1[9]) y del fotón de luz —es decir, de la propia luz— ningún otro cuerpo o energía radiante se desplazaba por el espacio a 300.000 kilómetros por segundo, como lo hacía la *Pléyades* producto de la inteligencia humana.

—¡Asombroso!

Y miraba aquella especie de asteroides —en términos del sistema solar— con particular recelo, sobre todo, cuando se le acercaban peligrosamente.

¿Significaba acaso que eran ingenios voladores construidos por cerebros galácticos que le espiaban...? ¿Emplearían técnicas camufladoras para deslizarse furtivamente como camaleones del espacio?

«De ser así —se decía Ivan Ivanovich—, poco de bueno cabe esperar de ellos —Y agregaba filosóficamente—: Quien se esconde algo busca, algo recela... o no tiene la conciencia tranquila.»

Pero como las «máquinas», que le flanqueaban, nunca dieron señales de vida, el intrépido amante de la doctora Serkov acabó por olvidarse de tan sospechosos como incómodos vecinos...

Sin embargo, próximo al campo gravitatorio de Rige], presenció un «accidente» cósmico que le puso los pelos de punta

Observando —a través de un reflector newtoniano de 21 cm— uno de estos extraños «asteroides» vio que derrotaba hacia un punto invisible del espacio y que desaparecía súbita y totalmente en él como embebido por una dimensión desconocida.

¡Sin dejar rastro!

El asombrado Ivan Ivanovich abandonó inmediatamente el reflector newtoniano para ocuparse de los radares que dirigió a este punto, esperando respuesta. También le mandó rayos láser, pero...

¡Le contestó el más absoluto silencio!

Las ondas electromagnéticas eran tragadas por el terrible arcano situado a babor de la astronave.

Esto sólo podía significar una cosa, que se encontraba en bs cercanías de una estrella derrumbada, de un *black hole*... ¡de un agujero negro!

Sintió frío en la espalda.

Ivan Ivanovich sabía por física astronómica que «cualquier objeto material o radiación que penetrara dentro del llamado radio de

Schwarzschild se movería, inexorablemente, en dirección al agujero negro, hiciera lo que hiciera para evitarlo. Ningún astronauta podría jamás invertir el signo de la caída por gigantesca que fuese la potencia de los motores o la clase de combustible nuclear que empleara para ello. ¡Nada ni nadie le libraría de pasar a formar parte del agujero negro!

El frío que recorría la espalda de Ivan Ivanovich se acentuó. Por poco que la *Pléyades* se hubiese desviado a su derecha se encontraría ahora, como el «asteroide» desaparecido, viajando hacia el «tiempo-futuro» a través de la dirección espacial que representaba la caída de la nave. Ivan Ivanovich no hubiera podido invertir nunca esta dirección porque es imposible viajar del futuro hacia el pasado por más que el hombre se empeñase en ello y vendiera el alma al diablo como el doctor Fausto.

El amante de la doctora Serkov, pálido y tembloroso, encendió los cohetes direccionales para separarse aún más del remolino gravitatorio que formaba el agujero negro, mientras daba gracias a Dios por salir tan bien librado de la aventura.

A continuación pensó en la doctora Serkov, exclamando:

—¡Amor mío...! ¿Has visto cómo tu pobre Ivan estuvo a punto de desaparecer del universo como desaparece un conejo en la chistera de un prestigiador? ¡Alma fugitiva...! —la emoción le atragantaba—, Pero... ¡míralo aquí, todavía vivo | coleando...! ¡Dispuesto a buscarte por todas las estrellas de fe creación aunque viaje muerto de hambre!

Tras este desahogo amoroso, Ivan Ivanovich se encontró mucho mejor y con redoblado apetito.

Sin que sirviera de precedente, atacó una salchicha y medio huevo duro.

Luego se sentó en una silla para hacer la digestión pausadamente y sin fatigar el estómago...

De vez en cuando suspiraba, mirando el firmamento galáctico por el que la cosmonave corría como un dardo de luz hacia los dominios del sistema solar de Rigel.

CAPITULO V

Leónidas Steel y la doctora Serkov planetizaron en la alta meseta de Domingo, rodeados de un paraíso vegetal.

Sin embargo, no escucharon el zumbar de ningún insecto ni el canto de un pájaro entre los hermosos frutos que colgaran abundantemente de las ramas de los árboles.

Tampoco la huella de algún animal o ser «humano».

Sólo un profundo y extraño silencio, quebrado apenas por el sordo rumor del mar.

Steel, que lo observaba todo, mostró su sorpresa en voz alta:

—Si nadie cultiva las tierras —dijo—, ¿cómo te explicas tú que el campo esté tan ordenado y limpio...? ¿Cuántos millones de años llevará así y por qué? ¿Acaso estos vegetales son incorruptibles?

—Toda sustancia orgánica se descompone —afirmó la doctora.

—Pues aquí no lo parece.

Aunque era muy cierto, Ursula Serkov no podía admitirlo científicamente.

—Sin bacterias que organicen los procesos del suelo, ¿cómo pueden existir plantas superiores? —interrogó—. ¿Tendremos que admitir que la evolución vegetal ha empezado por arriba en este planeta?

—Me parece un absurdo, pero, ¡diablos! —concluyó—, ¡a la vista está!

—Engañosamente, Leónidas. Algo se nos escapa.

—¿Algo... o todo? —se rió Steel.

—Tal vez lo último.

—¿Sabes qué te digo, querida?

—No.

—Que recogeré muestras de frutos y hojas para analizaras luego en el laboratorio de la *Pléyades*. ¿Te parece?

—¿Serán venenosas?

—No pensemos tan mal de Domingo.

Levantándose audazmente el casco protector, el ingeniero encendió un cigarrillo.

Percibió la brisa fresca y pura, pero sin ningún perfume vegetal que justificara la belleza polícroma y ubérrima de aquel campo paradisiaco.

Sin embargo, no lo comentó con Ursula Serkov para no preocuparla más de lo que podía estarlo.

Se dirigieron a un pequeño altozano que distaba como tres millas de la *Pléyades*.

La isla estaba formada por tres escalones bien diferenciados: el arenoso y bajo de las costas que ocupaba el ochenta por ciento de la superficie, cubierta continuamente por las mareas; la alta y mesetaria donde habían planetizado, y el mogollón central de los volcanes... que Steel se le antojaban rarísimas chimeneas de hormigón.

—Las demás islas, ¿serán como ésta?

—Visitándolas saldremos de dudas... —repuso el hombre—. ¿De acuerdo?

A media tarde el cielo se encapotó de súbitas nubes, espesas y amenazadoras.

—Parece que quiere diluviar. Estamos muy lejos de la cosmonave.

—¿No oyes? —dijo Steel—. Está subiendo la marea.

—¡Qué ruido tan pavoroso!

E1 mar se hinchaba formando una cresta de decenas de metros de altura que se derrumbaba sobre la isla con horrísono estrépito.

Steel cortó frutos —que semejaban grandes cocos multicolores— y hojas de diversas clases, que metió en bolas de plástico, preparadas al efecto.

Luego, también se llevó varios puñados de tierra —ligera y oscura como la turba—, exclamando:

—Si esta tierra no contiene microorganismos, es una tierra estéril, ¿verdad?

—Bueno..., sí.

—Pero si es estéril, ¿cómo diablos puede alimentar a estos árboles cargados de hojas y de frutos? He de suponer que es fértil —continuó razonando el ingeniero—, pero entonces, ¿qué justifica que una parte de la vida se haya detenido en organismos exclusivamente unicelulares?

—Todo es muy extraño.

Steel dirigió una mirada a Rigel, que se escondía en el horizonte, bañando el cielo de tonos escarlatas.

—¿Y si la estrella fuera causante de la muerte animal en Domingo?

—¿La estrella...? ¿Por radiación? —inquirió Ursula mirándole a través de la escafandra transparente con sus rasgados y oscuros ojos —. ¿No comprobaste la intensidad y clase de partículas que inciden sobre la superficie del planeta antes de salir de la cosmonave?

—Me temo que sí.

—¿Y...?

—Casi normal. La esfera de ozono que nos protege es muy superior a la de la Tierra.

—¿Entonces...?

—¡Bah! —exclamó Steel, irritado consigo mismo—. ¡Hablar por hablar! No me hagas caso.

Empezaron a caer las primeras gotas, que degeneraron muy pronto en furioso diluvio.

La cortina de agua era tan espesa que Steel temió que se extraviaran avanzando a ciegas por el desconocido terreno en dirección a la *Pléyades*. La oscuridad se hacía igualmente dramática.

Los primeros relámpagos —largas culebras de fuego— ensangrentaron el espacio próximo mientras que a lo lejos trenzaban encajes fulgurantes de vivísima luz blanca...

Las nubes se frotaban molecularmente entre sí, cargándose de electricidad como fantásticas baterías aéreas, que luego saltaban a la atmósfera en forma de ígneos rayos...

Steel y la doctora no se mojaban gracias al traje de nilón impenetrable y el casco que les protegía la cabeza, pero nada les salvaguardaba de las chispas voltaicas que se abatían por doquier...

El minúsculo *talkie-walkie* captaba el ruido infernal de la sobrecarga eléctrica, que dificultaba la conversación y el entendimiento entre la pareja, y les exponía a ser blancos a cualquier centella atraída por las puntas metálicas de las antenas. Tal era la magnitud de la tempestad que se estaba desarrollando.

Tras una hora de abrirse paso por una borrasca de 7 nudos horarios (1[10]), vieron una negra caverna a la luz del último relámpago... Una caverna horadada en maciza roca.

Steel se quedó estupefacto.

No recordaba un accidente de esta naturaleza en un radio de cinco millas o más que exploraron alrededor de la *Pléyades*.

As se lo comunicó a la no menos asombrada doctora.

—¿Cómo se nos pasó por alto?

—¡Imposible! —repuso ella, cogiendo al ingeniero del brazo—. ¡Esa gruta no existía!

—Ta, ta…

—¡Te digo que no!

También lo pensaba Steel, pero…

—Por favor…, Ursula —exclamó, intentando minimizar el aspecto de una realidad que estaba allí—. ¡No habrá llovido del cielo como un cántaro!

La doctora no se sentía con ánimo de polemizar, pues tampoco le resolvería las dudas.

Seguía mirando la entrada con aprensión, cuando…

—¡No!

—¿Qué?

—¡Una luz!

—¿Dónde?

—¡En el fondo de la gruta! ¡Mira! ¡Acaba de desaparecer!

Leónidas no había visto nada, pero se cargó de valor. Lamentaba no llevar un arma con qué defenderse. No obstante…

—Voy a reconocerla…

Apenas dicho, una explosión de fuego se produjo a menos de cincuenta pasos de donde estaban, en medio de un fragor horrísono

La doctora se abrazó a Steel, terriblemente sobrecogida.

—¿Qué ha si… do eso? —balbució.

—¡Un meteorito…! ¡Ira de Dios! ¡Es lo que faltaba para arreglar las cosas! Anda, vamos…

La enlazó por la cintura, arrastrándola al interior de la caverna… La lluvia había arreciado de forma increíble y el cielo se llenaba de fantásticos resplandores mucho más luminosos que cualquier aurora boreal…

Steel adivinó que se trataba de una nube de meteoros de distintos tamaños que penetraban en la atmósfera de Domingo y que eran inmediatamente vaporizados por la temperatura del roce y la energía que liberaban a velocidades superiores a las 60 mil millas por hora.

La cuestión residía en saber si esto tenia lugar periódicamente en la órbita planetaria —atravesando zonas llenas de planetésimos y polvo estelar— o se trataba de un fenómeno completamente nuevo y destructivo, y por lo tanto, de con secuencias impredecibles... Lógicamente, se inclinó por lo primero.

—¡Un bombardeo de desechos cósmicos! —exclamó—. ¡Muchos atraviesan la atmósfera!

Efectivamente, el piso temblaba bajo sus pies y el estruendo exterior se hacía insoportable. Casi excesivo para ser real.

Ursula continuaba estrechamente abrazada al cuerpo masculino.

—¡Qué pequeños somos... —murmuró—, y qué horroroso es todo esto, Leónidas!

—Tranquilízate... —expresó el hombre con voz enronquecida—, nada va a ocurrimos.

—¿Lo sabes tú?

—Me lo dice el corazón.

Cualquier luz que brillara con anterioridad en la caverna había sido arrasada por los fuegos artificiales del exterior.

—Me infundes ánimo...

Steel cuidó de no explicarle la terrible sospecha producto de las últimas explosiones. El riesgo de que la *Pléyades* fuera destruida o averiada resultaba probable en medio de aquellos metrallazos cósmicos.

«Si ésta es la primera noche que pasamos en Domingo... —masculló Steel para sí—, ¡solamente el diablo conoce cómo será la última!»

Pero tal vez, la pregunta correcta hubiera sido ésta: «¿Estamos viviendo ya la última noche?»

Sin pretenderlo, imaginó que aquella críptica caverna tenía la forma de un sepulcro excavado en la roca.

No obstante, era el único techo donde guarecerse del espantoso caos que reinaba fuera.

—Ven...

Empujó a la mujer al interior de la abertura, envolviéndola en las sombras profundas del antro...

Buscó un desnivel para sentarse.

Ella se dejó caer en las fuertes rodillas del ingeniero por primera vez en dos mil años de vivir juntos, según los relojes terrestres.

Leónidas notó que un extraño fuego se le derramaba por todas las arterias del cuerpo…

* * *

El día amaneció radiante y bonancible después de la aparatosa noche que vivieron.

La doctora, que había dormido a ráfagas apoyada en el pecho de Steel, exclamó:

—¡Qué espectáculo tan maravilloso!

En efecto, el firmamento tenía un color intenso a lapislázuli, herido por la blanca luz de Rigel. Los árboles y las plantas, frescas y húmedas, vestían el paisaje de esmeraldas, mientras que en los rebordes rocosos de la planicie el océano planetario brillaba como azogue líquido.

Ursula ejecutó movimientos corporales para desentumecer los músculos constreñidos durante largas horas.

Luego minó a Steel, que la observaba en silencio.

Sonrió.

—¿Tenemos que seguir con el casco puesto, Leónidas? —preguntaba con ansias de plenitud.

—No…, no creo.

—Voy a quitármelo.

—Espera… te ayudaré.

El casco se enroscaba herméticamente a una argolla del raje de nilón impenetrable.

Apenas se vio libre del estorbo, Ursula Serkov se soltó el --Io, antes recogido en la nuca, y sacudió la cabeza para ahuecarlo en libertad como una cascada de oro.

Aunque sus ojos eran negros y profundos, el pelo contrastaba con sus hebras luminosamente rubias.

Steel se desprendió también de la escafandra y sorbió el aire fresco del amanecer con auténtica fruición.

—¡Parece realmente un sueño! —exclamó el hombre.

—Con pesadilla incluida —repuso ella.

—Sí, cierto.

Súbitamente pensó en la *Pléyades*.

—¡Oh!, ¿qué habrá sido de ella, Leónidas?

Tocaba ahora un problema que fue la constante preocupación del ingeniero durante la larga noche que los elementos castigaban la isla.

Consideró, de todas formas, que era inútil manifestar pesimismos cuando pronto comprobarían lo que había pasado. Si por desgracia se trataba de lo peor… ¡tiempo tendrían para lamentarse!

—Espero que haya salido indemne de la aventura.

Echó una última mirada a la caverna y confirmó que más que cueva natural parecía un refugio antiaéreo, capaz de resistir un bombardeo meteórico de regular alcance.

Se encogió de hombros.

—¿Andamos, querida?

—Sí, sí…

Ella se había colgado de! brazo de Steel y éste sintió que se le renovaba el calor que había experimentado durante toda la noche…

Pero, conforme andaban, un creciente asombro les invadía… Aunque al principio callaban tratando de descifrar sus propias impresiones, el ingeniero no pudo contenerse.

—¿Ves tú el terreno como lo veo yo, querida? —interrogó suspenso.

Por parte alguna se veía nada que relacionara aquel paraíso de verdor y pulcritud con el escenario de los sucesos nocturnos… Ningún árbol aparecía carbonizado, ninguna franja de hierba destrozada, ningún cráter de impacto ofendiendo el campo… Todo estaba en orden, limpio y cuidado, como al salir de la astronave.

Tampoco el piso presentaba charcos, lodazales u otros estragos propios del diluvial aguacero anterior, lo que hacía suponer que el drenaje del terreno era absolutamente perfecto… demasiado perfecto.

—¡Incomprensible! —corroboró la doctora Serkov.

Steel refrenó el paso, mirándola.

—¿Pudo ser mentira el aquelarre cósmico que presenciamos anoche desde la caverna?

—Pues la verdad…, no lo sé.

—¿Acaso estas plantas destilan efluvios alucinógenos?

—No se me había ocurrido.

—Pues todo me parece harto misterioso para ser verdad —roncó preocupado.

Ella estaba pensando en las últimas palabras del ingeniero.

—¿Hablas en serio?

—Te diré... Las visiones apocalípticas que vivimos —argumentó —, tienen poco que ver con la realidad de estos momentos. Entonces, una de dos... o estamos locos o «algo» extravió nuestro cerebro horas antes.

—¿Quieres decir que nos angustiamos por lo que no existía?

—Más o menos... Bastaría con que estas plantas liberaran tóxicos estrésicos en las sombras crepusculares... o durante las mareas vivas. ¿No es una teoría?

—El laboratorio lo dirá.

—¿Conseguirás aislar los principios activos?

—Lo intentaré.

Steel rompió la seriedad.

—¡Mira que si cada noche nos obligan a visionar una película de terror, Domingo va a parecemos la mansión de Drácula!

—Dios no lo quiera.

—Por si acaso no me separaré de ti. Dormiremos juntos...

—Sí, muy juntos...

Llegaron cerca de donde estacionaron la *Pléyades*.

Steel se encaramó a un sólido arbusto...

La intranquilidad le obsesionaba.

Ya en la copa del árbol, se colocó las manos sobre los ojos a modo de visera para protegerse de los potentes rayos de Rigel, y oteó el horizonte.

—Tenía que verse... —exclamó.

—Verse, ¿qué...? ¿La cosmonave?

—Digo.

—¿Acaso no la ves?

—¡En absoluto!

—¡No!

—Querida... —protestó—, no estoy ciego.

—¡No...! ¡No lo digas!

—¡Tan cierto como el sol que nos alumbra! —juró con incontenible ira—. A no ser que las plantas vuelvan a jugarnos otro malhadado espejismo con sus nefastos efluvios... ¡así las parta un rayo!

Sin embargo, empujados por un común anhelo, echaron a correr en dirección al campo raso donde la nave espacial aparcara catorce

horas antes.

¡Ni la sombra!

¡Había sido peinada de la faz del planeta!

Quedaron anonadados y sin poder hablar. Tras un largo paréntesis de consternación, la doctora consiguió balbucir

—¡Santo cielo!, ¿dónde estará?

—¡Lo sabrá Dios! —roncó Steel, dejándose caer sobre la hierba como un muñeco.

—Pero... —insistió Ursula—, ¿quién se la pudo llevar?

—¡Los ladrones de Domingo! ¡No te joroba!

El agrio vocabulario de Steel tenía justificación.

La doctora miró en tomo con susto.

—¿Estará habitado?

—No creo en fantasmas.

—Me asustas...

—Perdona... —murmuró Steel, suavizando el tono—, pero, desgraciadamente, la *Pléyades* no se va sola. Es más —agregó—, tengo la certeza que las explosiones de anoche fueron provocadas para obligamos a buscar refugio mientras nos birlaban la astronave y ahogaban el ruido de los motores con el estruendo meteórico...! ¡Así se les pudrieran las manos! —bramó colérico—. ¡Todo fue falso y premeditado!

—Y... ¿ahora qué?

—Tenemos que recuperarla.

—Pero ¿cómo? — inquirió anhelante.

Steel se había concentrado.

—¿Recuerdas la extraña gruta donde pasamos la noche?

—¡Figúrate!

—Me temo que tenga que ver con la «verdadera» isla. ¡La caverna no estaba allí antes del aguacero!

—No, no estaba —confirmó ella, intentando recuperar el valor.

Comprendió que se hallaban a merced de las circunstancias y que era preferible cualquier cosa a vivir permanentemente angustiados.

Pero ¿podrían siquiera vivir? ¿Serían comestibles los extraños frutos multicolores que pendían de los árboles...? ¿Morirían de hambre o simplemente envenenados?

Se pasó una mano por la frente, exclamando:

—¡Sea lo que Dios quiera!

Y cogidos del brazo desanclaron el camino que habían hecho anteriormente, pensando que la auténtica aventura espacial empezaba a partir de aquellos instantes…

* * *

Ivan Ivanovich después de sortear el *black hole* que quería tragarlo y convertirlo en un punto supermicroscópico por los siglos de los siglos… volvió a emproar la nave hacia Domingo, lugar donde las pantallas de radar indicaban que había planetizado la nave en la que viajaba su amor.

—¡Por fin te has parado! —exclamó Ivan Ivanovich lleno de euforia—. ¡Dentro de pocas semanas podré ofrecerte el refugio seguro de mis brazos y una nave con la que regresar a la Tierra… y a nuestra amada patria si los tíos del Kremlin lo permiten! —suspiró—. Ojalá que en el transcurso de estos miles de años, la humanidad haya entrado en razón y el amor haya vuelto al corazón del hombre, ya que si no… —pensó en la terrible potencia nuclear de los bloques—, mejor será, Ursula de mi alma, que nos quedemos para siempre unidos en el calor de Rigel… —recordando la figura un tanto intempestiva de Leónidas Steel, murmuró—: Tendrá que conformarse siendo padrino de nuestra boda y hasta cuidando de nuestros hijos si tiene desarrollado el sentido de la paternidad… En la academia de Ciencias de Moscú se le consideraba bien y espero que aquí, en Orión, no se comporte como un granuja intentando quitarme la mujer… ¡Le parto la cabeza de un estacazo!

Como se comprende, Ivan Ivanovich no se había lanzado al espacio —desafiando el hambre y las galaxias— para hacerle el caldo gordo al otro…, ¡al ingeniero Leónidas Steel!

Dejó, pues, los radares enfilados a la *Pléyades II* por si, por alguna imprevista circunstancia, la nave reemprendía el vuelo hacia otro punto del universo.

¡Ivan Ivanovich continuaría persiguiéndola mientras le quedara un soplo de vida en el cuerpo!

¡Cuál no sería entonces la sorpresa del infeliz amante cuando al despertarse aquella mañana comprobó que la *Pléyades* ya no era registrada por las pantallas de radar!

¡La cosmonave había desaparecido del planeta «rigeliano» sin dejar rastro!

Se frotó los ojos como si soñara.

Luego soltó un grosero juramento:

—¡Por los bemoles de Satanás…! ¡Te encontraré aunque tenga que remover la superficie planetaria palmo a palmo!

CAPITULO VI

Steel y la doctora Serkov penetraron en la caverna de marras extremando al máximo sus precauciones, ya que ignoraban con qué peligros o personajes iban a enfrentarse.

Lamentaba especialmente el ingeniero no tener un arma a mano para defenderse. Aunque deportista y de complexión atlética, sus potencialidades físicas le parecían ahora completamente insuficientes, máxime si tenía que cuidar de Ursula Serkov, mujer que no abandonada aunque le costase la vida.

Con ser importante el riesgo, comprendió que no podía permanecer con los brazos cruzados en aquel mundo desconocido y sin medios para subsistir. Tan así, que si los frutos de la isla no eran aptos para el consumo humano, la muerte por hambre —y también por sed de no encontrar un manantial potable— haría presa de sus cuerpos en el transcurso de pocos días.

La caverna se estrechaba rápidamente, y, a unos cinco metros de la entrada, se bifurcaba en dos caminos divergentes... ¿cuál de ellos seguir?

Cogieron el de la derecha pensando que si no conducía a parte alguna siempre estaban a tiempo de retroceder y meterse en el otro, más serpenteante y tenebroso que el primero.

Como tampoco disponían de linterna, en seguida tendrían que avanzar arrastrando los pies y tanteando las paredes para no precipitarse en posibles abismos mortales.

—¿Por qué no me esperas aquí —sugirió Steel, temiendo por la seguridad de su compañera—, mientras yo reconozco el terreno?

—No —rechazó ella, mirándole con ojos cálidos y turbadores—, ¡No quiero!

—Pero...

—Ni una palabra más... ¡chitón! Nos salvaremos juntos o correremos la misma suerte.

La determinación de la doctora no podía ser más firme ni rotunda.

—Sea entonces.

Avanzaron poco a poco para habituar los ojos a la oscuridad hasta que se hiciera impenetrable. Prontamente llegaron al límite de la luz y marcharon tanteando las sombras bajo la opresiva impresión de que mil ojos les acechaban.

—¡Condenadas tinieblas! —roncó el ingeniero.

El piso descendía ahora fuertemente.

De pronto…

Algo se derrumbó a sus espaldas en medio de un estrépito ensordecedor.

Se trataba del techo de la caverna desprendido en grandes bloques.

Ursula Serkov buscó el cuerpo de su compañero en un movimiento instintivo de protección.

Steel la recogió, murmurando:

—Hemos caído en una trampa.

—¡Oh!, ¿crees que lo han hecho adrede?

Antes de que pudiera responder, el suelo empezó a temblar y a moverse peligrosamente, mientras que un ruido sordo y terrible se escapaba de las entrañas de la tierra.

—¡Santo cielo! … ¡Un terremoto!

Steel se consideró perdido ya que no podían retroceder en busca de la salida… Dentro de aquella ratonera sólo podían esperar que miles de toneladas de roca les aplastaran y convirtieran sus cuerpos en sangrientos despojos de carne y huesos espantosamente masacrados.

—¡No quiero morir…! ¡No!

Un grito joven que se rebelaba contra las salvajes fuerzas de la naturaleza.

Lo había proferido la doctora Serkov.

Steel sólo fue capaz de murmurar:

—No pienses en nada…, pasará.

Pero lejos de esto, el terror aumentaba.

Del suelo —a través de impalpables rendijas— empezaron a surgir vapores cálidos y sofocantes, mientras que una atmósfera rojiza iba impregnando las rocas como si se tratara de magmas

fundentes que fueran abriéndose camino hacia la superficie...

La doctora Serkov desorbitó los ojos, exclamando:

—¡Asistimos al nacimiento de un volcán!

Esto explicaba los movimientos sísmicos locales que causaron el hundimiento del techo de la caverna.

La lava los tragaría sin duda alguna y los convertiría en pavesas.

—¡Todo ha sido culpa mía! —se condolió Steel, amargamente alterado—. ¡Yo te arrastré a la muerte perdiendo el control de la *Pléyades* al salir de la Tierra!

—¡Calla...! ¡Calla!

Un extraño mareo nublaba la mente de ambos y les hacía perder poco a poco el sentido de la realidad.

Acometidos de drogante delirio sintieron que volaban como plumas y atravesaban los pétreos muros de la caverna hasta llegar a rutilantes profundidades llenas de singulares edificaciones, con anchas avenidas cruzadas por silenciosos vehículos y rapidísimos monocarriles aéreos...

Finalmente, perdieron el conocimiento...

* * *

Cuando despertaron se hallaban en el interior de una habitación con las paredes decoradas con pinturas que representaban paisajes planetarios de montañas y valles, de nos y campos, llenos de verdor y colorido...

Ante sí tenían tres individuos muy altos y delgados, con ojos triangulares, nariz corva y en forma de pico, y carentes de cabello y de barba. A primera impresión, y mirados con ojos de terrícola, resultaban repelentes.

Vestían camisas-pantalón, de una sola pieza, y llevaban las piernas desnudas y levemente escamosas.

El más alto de los tres contempló a la doctora Serkov y exclamó entusiasmado:

—*¡Uhiff Uahff-té. Toh!* (1[11]).

—*Oht.. Oht! ¡Oht, grandh Thi-tho!* (2[12]).

—*Oht, Thi-tho!*

El jefe —que, como se ve, llamaban Thi-tho— sonrió satisfecho.

Tenía ojos de triángulo equilátero.

Pulsó un botón.

El techo empezó a bajar inmediatamente. Parecía el disco parabólico de un radiotelescopio con centenares de pequeños paneles basculantes que captaban los pensamientos ajenos gracias a las electroondas emitidas por el cerebro en dirección a la pantalla.

Ursula y Steel despertaron al unísono, balbuciendo:

—¿Qué es esto?

—¿Dónde estamos?

Pero tenían la mente estropajosa como si salieran de una borrachera.

Thi-tho amplió la sonrisa.

Dirigiéndose a sus compañeros, puntualizó:

—Son rusos.

—¿Rusos? —preguntó el de la izquierda que estaba poco versado en geografía galáctica—, ¿De qué parte?

—De Rusia.

La respuesta impresionó al ignorante.

—*Oht.. ¡Oht, grandh Thi-tho!*

La doctora miraba a los «galactos» completamente suspensa.

También les escuchaba sin entenderles la jerga.

Se encaró con Steel que estaba tan absorto como ella.

—¿Los habías visto antes por alguna parte? —interrogó rozando el absurdo.

—¿Yo...? ¿A éstos?

—Sí, Leónidas.

—Pues, no.

El gran Thi-tho tocó otro botón. Pretendía con ello que sus palabras fueran inmediatamente dobladas al alfabeto cirílico.

—Comprendo que os hagáis preguntas que parecen de *coññah* (1[13]) —expresó sonriendo—, ya que las maravillas del planeta Tronkoh os dejan estupefactos. Además —agregó—:sois mis prisioneros.

Uno de los «galactos», llamado Aijkst, asintió:

—*Oht.. ¡Oht!*

El tercer «galacto» —que apenas había abierto la boca fuera de dos o tres ronquidos preliminares— se comía, sin embargo, a la doctora con ojos de triángulo isósceles— no equilátero, como los

demás—, porque era bizco.

Le llamaban Chas-Chas, y era uno de los procreadores de Tronkoh, ya que la descendencia estaba rigurosamente controlada en este planeta.

—Rusa ser muy bella para mi gusto. Fabricar buenos críos.

Se expresaba empleando el infinitivo de los verbos.

Thi-tho, que tenía otros pensamientos, le fulminó con la mirada.

—Hablarás cuando te toque, Chas-Chas — le espetó.

El aludido se limitó a gruñir por bajines. Conocía las malas pulgas de Thi-tho cuando se subía a la parra.

Y se subía con rapidez.

Leónidas Steel se iba recuperando de la sorpresa que le causó despertar en compañía de tan singulares individuos.

Encarándose con Thi-tho, al que le reconoció su calidad de jefe, interrogó:

—¿Por qué me robaste la cosmonave..., granuja?

Cuando el «galacto» captó la pregunta pasó del color rosado — que era el habitual— al verde intenso, característico de las grandes explosiones:

—¡Por qué me pasó por las *pilash!* (1[14]) —graznó—. ¿Estamos?

Comprendió Steel que tenía que reprimir la lengua o jamás se entendería con el «galacto». Cambió, pues, de estilo y de modales.

—Está bien —dijo.

—Bien ¿el qué?

—Digo que si fue obra tuya nada tengo que objetar. Correcto, Thi-tho.

La ladinería del ingeniero indignó a Arjkst.

—*Oht*.. *¡Oht!* —barbotó—. *¡Grandhpelhotas!* (2[15]).

—¿Por qué me llamaste entonces ladrón y granuja? —interrogó el lisonjeado.

—¿Yo? —Steel llevó la vista al «radiotelescopio» del techo con expresión de extrañeza—. Este chisme está averiado.

—¡Mentira! —saltó Arjkst, que era el técnico—. ¡Funciona bien!

—¡A callar! —gritó Thi-tho.

—*Oht*.. *Oht*.. *¡Oht!* —bufó Arjkst, irritadísimo.

—Sigue, terrícola. ¿Por qué aseguras que el Poliglotón está como una *cabrah?* (1[16]).

—Porque tú navegas por encima del Bien y del Mal, gran Thi-tho

—argumentó Steel dándole incienso—. ¿Cómo podía entonces recriminarte… ni siquiera juzgarte?

—¿A quién acusabas pues?

Leónidas extendió el brazo audazmente señalando a Arjkst y al procreador Chas-Chas.

—¡A estos dos desgraciados! —dijo.

Dos rugidos corearon las palabras del soviético.

—¡A callar! —gritó Thi-tho, cabreado—. ¡Jo! ¡En seguida se os ve el plumero!

Los ojos de Chas-Chas refilaron a Steel de forma muy atravesada. Pero no respondió ni pío.

Thi-tho era un tirano, y tenía de común con ellos la vanidad y el endiosamiento por un lado y el recelo por otro. Así que vivía perpetuamente alertado y sin fiarse de nadie.

Sin embargo, aquel terrícola le caía simpático porque sabía pulsarle la tecla, mientras que Ursula Serkov le pulsaba las dos. Se pirraba por la suave tersura de la doctora y por su belleza incomparable.

En una palabra, Thi-tho pensó que Leónidas Steel podía servirle de senescal en palacio y la mujer de descanso del guerrero cuando regresara a la habitación abrumado por las graves tareas de gobierno, porque…

—¡Vivimos cuatro cochinos días! —resumió el personaje en voz alta.

—¡Gran verdad! —convino Steel—, ¡Absolutamente universal!

—Seremos amigos.

—No deseo otra cosa — mintió el ingeniero.

El «galacto» se aproximó a la doctora.

—¿Estás muy callada, *an-dho-riñah?* (1[17]) —exclamó cortesano —. ¿Cómo te llamas tú?

La rusa procuró no exteriorizar la repugnancia que le causaba aquel ser alto, escamoso y disfrazado con escandalosos shorts.

—Ursula.

Thi-tho hizo una mueca de desagrado.

—No me gusta —dijo—. De aquí en adelante te llamarás *Pulpi-tah.*

—¿Pul… pi… ta?

—Sí —repitió el «galacto»—. Dime, ¿no te llena de emoción…?

¿No lo encuentras encantador?

La doctora no supo si reír o llorar. «¡Qué tío tan mamarracho!», se dijo para sí.

No obstante...

—Sí, mucho.

—Que me place... Pulpi-tah —moduló Thi-tho.

La amistad parecía sellada.

A continuación, se dirigió a Aijkst y le ordenó tajante

—Busca los cascos «poliglotónicos» para que podamos entendernos al salir de esta habitación. Pero —amenazó— procura que el casco le caiga bien a Pulpi-tah... que sea monohht (1[18])... ¿Me has oído, bergante?

El insultado se daba a todos los diablos de Tronkoh que pasaban de la docena.

—Que lo escoja ella misma —roncó.

Chas-Chas, por su parte, estaba tan indignado como Aijkst de cuanto allí ocurría aunque por distintas razones

Se daba cuenta que Thi-tho pensaba pisarle el ligue con aquel bombón terrestre, y que él jamás tendría críos con la hija del sistema solar... ¡Así había sido siempre! Pero Chas-Chas estaba ya harto de que le endilgaran todos los *ca-llosh* (2[19]) de Tronkoh mientras Thi-tho se divertía y procreaba con las jóvenes bellezas del planeta. ¡Maldita fuera su alma!

Comprendió que tenía que adelantar el golpe de estado que había urdido con el jefe de la policía local, que era otro procreador frustrado.

—¿Qué pinto yo aquí? —interrogó ferozmente—, ¿Me llevo a ésa o…?

—¿O qué?

—Se queda aquí.

El rostro de Thi-tho adquirió una notable tonalidad verdosa.

—¿Te refieres a Pulpi-tah?

—¿A quién si no?

—¡Apestoso gusano! —bramó—, ¿Por qué no la llamas por su nombre en vez de decir «ésa»?

—Bien, me largo.

—¡Vete a la mi...!

El procreador salió hecho una furia.

Thi-tho soltó una cascada de amenazas e insultos mientras Aijkst le ponía los cascos «poliglotónicos» de frecuencia modulada.

Solamente se calmó al ver que la doctora se probaba los suyos, color fucsia brillante, y se retocaba las lindas orejeras ante un espejo haciendo gala de una femineidad y coquetería muy *chic*.

—*¡Monohh!* —roncó extasiado—. *¡Monohhísimohh¡*

«¡No vayas a derretirte!», se burló la mujer para sus adentros.

Sin embargo, no le gustaban las miradas y los elogios del «galacto», por lo que tenían de lujurioso y posesivos.

¡Por su gusto se encontraría a mil años-luz de aquel planeta que tan hermoso le pareció al principio!

El porvenir le aterrorizaba.

Thi-tho — galante y repelente— le ofreció el brazo.

Ursula Serkov se arrugó al sentir el contacto correoso de la piel, tipo iguana, del odioso individuo.

Salieron del aposento con los cascos puestos y las antenas balanceando sobre los mismos.

Detrás del «galacto» y la doctora marchaba Leónidas Steel verdaderamente preocupado.

Adivinaba el peligro que corría su compañera y que seria difícil de eludir si no lograban recuperar la cosmonave y escapar juntos al espacio estelar.

Pero, para evitar sospechas, tenían de alguna forma que ganarse la voluntad del tirano, evitando que los poderes fácticos de Tronkoh les espiasen o se metieran con ellos.

De momento Ursula había encaprichado a Thi-tho, lo que resultaba favorable para sus intereses si no era víctima del ultrajante destino que leía en sus ojos.

¡Se hubiera muerto de asco!

CAPITULO VII

Los instrumentos de detectación de la nave de Ivan Ivanovich descifraban parte de lo que estaba ocurriendo en el curioso planeta «rigeliano».

Demostraban, en primer término, que estaba habitado. Y que los seres que lo poblaban —¿bueno?, ¿regulares?, ¿malos?— se habían apoderado de la *Pléyades II*.

La primera consecuencia de esto, es que Ivan Ivanovich en vez de planetizar de día, amerizaría de noche aunque cerca de la playa.

No se fiaba de los terrenos de las islas que tenían un sustrato rígido y metálico según revelaba el espectro de las elevadas plataformas donde se posara la nave de la doctora Serkov y del ingeniero Steel.

Tampoco el infrarrojo detectaba la presencia de volcanes —cosa inaudita en un planeta habitado—, pero si enormes plantas industriales de radiactividad a partir del hidrógeno —primer combustible de la Creación—, que obtenían por hidrólisis del agua.

Ivan Ivanovich se preguntaba el porqué de aquel fantástico almacenaje de energía nuclear, en grandes silos atómicos, que podían hacer saltar el planeta en astillas.

Estos y otros interrogantes, le inquietaban de tal forma que apenas pegaba ojo. mientras la *Pléyades* volaba como una centella hacia el misterioso planeta de Orión.

El infeliz sólo pensaba en Ursula Serkov.

—¡Ojalá llegue a tiempo para salvarla si de hecho corre algún peligro! —se repetía una y mil veces sin titubear.

Pero, en ocasiones, le invadía un desesperado pesimismo, fruto sin duda de su debilidad. Entonces, amartillaba la pistola de rayos láser y exclamaba ferozmente.

—¡Mi venganza será terrible!

Y caía en una especie de postración, que le obligaba a picar unas rodajas de huevo duro para no sumirse en una definitiva catalepsia.

Desgraciadamente, las provisiones del Romeo tocaban fondo y no había manera de renovarlas.

* * *

Thi-tho invitó a la pareja a dar una vuelta por las islas con el propio monocarril presidencial.

Quería deslumbrar a la mujer.

Era un sibarita mental.

—Conocerás mi imperio, Pulpi-tah —le dijo.

—¿Vivís bajo tierra?

—La historia de Tronkoh es muy singular… Nos la cuentan de chicos en las escuelas —manifestó con ganas de expansionarse—. Somos un astro errante.

La doctora recordaba la hipótesis de Steel a este respecto: «…el planeta pudo ser arrancado de la órbita de una estrella por el potente Rigel… Domingo es un planeta viejo y evolucionado… La estrella, en cambio, es jovencísima y despilfarradora… no tendrá más allá de 100 millones de años…»

¿Había acertado el ingeniero?

—¿Por qué dices que es un planeta errante, gran Thi-tho?

—¡Oh! —exclamó el tirano emocionado—, apea el tratamiento, Pulpi-tah… nada de grandh Thi-tho. Llámame simplemente Thi.

En otras circunstancias, la doctora Serkov hubiese estallado en una carcajada viendo el rostro de payaso galáctico que ponía aquella «iguana» enamorada.

De todas formas, intentó situarse a la altura del momento histórico, murmurando:

—No sé si sabré…

El tirano insistió:

—Prueba a ver, Pulpi-tah.

—Bueno… ¿Por qué vivís errantes… Thi?

Mucho se enterneció el «galacto» oyendo como los labios femeninos le llamaban de forma tan íntima y recortada.

—¿Verdad que es más fácil?

—Sí, Thi.

El amo de Tronkoh suspiró.

—Mira, Pulpi-tah... —dijo, observándola con sus grandes y apasionados ojos triangulares—, nosotros girábamos en torno a Trapecio hace unos cinco millones de años... Pero ¿sabes a qué estrella me refiero, bonita?

—No, la verdad, Thi.

—Es el lucero más brillante de la nebulosa, situado en la Espada de Orión... ¡Un astro múltiple, magnífico, rutilante...! ¡Fenómeno!

Leónidas Steel había afinado el oído, y la doctora —captando el interés del ingeniero— decidió aprovecharse de la buena disposición del tirano para explicar la historia de Tronkoh moviéndose caprichosamente por uno de los brazos de la Galaxia.

—¿Por qué dejasteis de girar alrededor de esa preciosa múltiple de la Espada, tú?

—Por culpa de una falsa alarma.

—¿Quién os engañó?

—Los astrónomos de la época.

—¿Por qué?

—Porque estaban en combinación con las grandes multinacionales de energía nuclear.

—¡Cuéntame..., cuéntame...!

Antes de hablar, Thi-tho encendió un largo *hah-bah-noh* (1[20]) de color azafrán.

—Dijeron que una minúscula estrella de antimateria... restos, sin duda, de otra estrella mayor aniquilada... avanzaba en dirección a

Trapecio desde la nebulosa oscura de la Cabeza del Caballo, sembrando la muerte a su paso, destruyéndolo todo...

—¡Me asustas!

—La colisión estaba prevista para dentro de dos millones de años... —dio una lenta chupada al *hah-bah-noh*, interrogando—: ¿Te figuras lo que significaba esto?

—No.

El «galacto» le bajó una mano a la rodilla y se la pellizcó con calor, recordándole:

—Llámame Thi.

—No, Thi.

—Te lo explicaré, Pulpi-tah —agregó entusiasmado por la suavidad de la pierna de la doctora—. Al chocar la estrella de antimateria con cualquiera de las múltiples de Trapecio hubiera generado una cantidad de energía equivalente a la masa de la estrella multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz… —se pasó los dedos por la calva en actitud estudiada y añadió—: En pocos minutos, el planeta se hubiera visto inmerso en un súbito destello de radiación… a base fundamentalmente de rayos X y de rayos cósmicos. Pero además de estas partículas altamente destructivas, que la atmósfera planetaria no hubiese podido absorber, Tronkoh se hubiera calentado hasta límites insoportables, obligando a los océanos a entrar en ebullición… ¿Qué hacer entonces?

—Oh, sí —exclamó la doctora—, ¿cómo arreglar esto?

—¡Huyendo… *lech-eshs!* (1[21]).

—¡Eh!, ¿de dónde había que huir?

—De la Espada de Orión… hacia Rigel.

—¿En grandes naves espaciales?

—A bordo de Tronkoh. Sin movemos del planeta, siquiera.

—¡Qué dices! —se maravilló—. ¿Sugieres que Tronkoh fue sacado de su órbita estelar?

Thi-tho dio nuevos pellizcos a las suaves y duras piernas de la rusa. La mujer se estremeció, pero aversivamente.

—En efecto —exclamó el aprovechado «lagarto»—. Obligando al planeta a pasar de los 30 kilómetros por segundo, que era su velocidad orbital, hasta los 45 kilómetros actuales… Tronkoh fue saliendo poco a poco de la gravitación de Trapecio.

La doctora analizó al «galacto» por si le tomaba el pelo.

—¿De qué forma se mueve un planeta…? ¿Con el pensamiento?

—Con explosiones.

—¡No!

—¡Y tanto! ¡A razón de una explosión por segundo durante dos millones de años!

—¿Con qué explosi… vo? —balbuceó.

—Con la energía que puede liberar una bomba de hidrógeno de 70 toneladas, aplicada en el lado opuesto a su marcha. Esta se aceleró gradualmente.

—¡Me parece un sueño!

—No lo es, Pulpi-tah —roncó—. Con tales explosiones se

consiguió aumentar la velocidad de Tronkoh en un centímetro por segundo y año. Parece poco, pero fue suficiente para que el planeta viajara libre por la Galaxia... —suspiró—. No obstante, ¿te das cuenta de la fantástica cantidad de energía nuclear que vendieron las compañías a los gobiernos de los estados para escapar de Trapecio...? ¡Se hincharon de ganar *parh-néh!* (1[22]).

—Comprendo, comprendo... —exclamó la rusa sin gran convencimiento.

—Pero ocurrieron muchas más cosas...

—¿Más aún?

—Más, Pulpi-tah.

—Cuéntame.

—Por el camino... y antes de entrar en la gravitación de Rigel, sufrimos un Diluvio Universal.

Ursula recordó el diluvio terrestre, referido por la mayoría de textos sagrados.

—¿De veras? —interrogó—, ¿Os mojasteis mucho?

Thi-tho bajó la mano para tocar de nuevo los muslos de la doctora. Pero, sin causa aparente, se detuvo a mitad de camino, cosa que la propietaria del lote se lo agradeció mucho.

—Nos metimos en la cola de un cometa que caminaba en dirección contraria a la nuestra. Dicho cometa —explicó— estaba formado por millones de toneladas de amoniaco y de hielo. El rozamiento de Tronkoh fue tan intenso a lo largo de su cola que el gas helado empezó a evaporarse y el hielo a fundirse inmediatamente... Las moléculas de agua, así formadas, fueron atraídas por la gravedad del planeta, originando una lluvia ininterrumpida por espacio de diez mil años...

La rusa tuvo un rasgo de humor.

—Desarrollaríais extraordinariamente la industria del impermeable, ¿no?

—Pasaron cosas peores.

—Sigue, Thi.

—Tronkoh apenas tenía actividad orogénica de puro viejo y desgastado —recicló el «galacto»—. Todo él., o casi todo, era una penillanura, que, lógicamente, se cubrió de agua, ahogando al noventa por ciento de la población primitiva. Sólo escaparon los más fuertes, y, a partir de entonces, se tuvo que gradualizar el

crecimiento vegetativo de los habitantes... La tierra firme que tenemos hoy es muy escasa y en gran parte inundada por las enormes mareas provocadas por las tres lunas que el planeta atrapó en su largo crucero espacial.

Steel, que permanecía callado desde que se instalaron en el lujoso monocarril, no pudo contenerse por más tiempo.

—Las terrazas que se ven cubiertas de vegetación —interrogó—, ¿son naturales o artificiales?

—Artificiales. Se construyeron durante el período diluvial a base de hormigón y de aceros inoxidables.

—Y... ¿las plantas?

Thi-tho se rió con ganas.

—Elementos decorativos... de plástico magnético —aclaró—, pero que facilitan el intercambio gaseoso con el interior del planeta por medio de una red arterial de climatización... Los grandes frutos que cuelgan de los árboles pueden a su vez convertirse en aparentes bolas de fuego y producir ruidos catastróficos en combinación con aparatos de megafonía dispuestos a tal efecto. Se pretende con ello, defendemos y asustar a posibles invasores del espacio.

Quedaba explicado así el porqué del fantástico bombardeo meteórico que habían presenciado la noche anterior. También que el terreno estuviera siempre limpio y cuidado... ¡vegetales de plástico!

A Steel le faltaba todavía aclarar una cosa:

—Y los volcanes que se ven en el centro de la isla, ¿qué son?

—Chimeneas de grandes complejos químicos y siderúrgicos que nos convierten en una de las civilizaciones más avanzadas de toda la Constelación del Gran Cazador.

Steel suspiró satisfecho. Siempre le habían llamado la atención aquellos extraños «conos volcánicos».

—¿De qué forma hicisteis desaparecer nuestra astronave? —se interesó ahora el ingeniero.

—Ya te dije que el terreno que emerge del mar es artificial, a base de grandes bóvedas metálicas —manifestó el dueño de Tronkoh—, pero alguna de estas bóvedas son fácilmente abatibles hacia el interior como la plataforma de un montacargas... El lugar donde asentasteis la nave... como los demás calveros que emergen entre la vegetación, y que pueden propiciar el planetizaje de los invasores de Tronkoh, son uno de los tantos baches que existen adrede en la

corteza... Una vez que el obstáculo es removido —puntualizó Thi-tho—, la plataforma vuelve a subir a la superficie y encajar donde estaba... Ingenioso, ¿no?

—¡Muy agudo, Thi!

Por su gusto, Leónidas Steel hubiera seguido preguntando multitud de cosas que le entusiasmaban, pero...

El tirano había apretado disimuladamente un botón y el monocarril se puso en marcha...

Correlativamente, Ursula Serkov notó que una mano escamosa se instaba en su pierna con fuerza... con demasiada fuerza.

Terriblemente inquieta y sorprendida, protestó:

—¡Me haces daño! ¡Quita!

Lejos de obedecer, la mano funcionó como una garra.

—¡Suéltame...! ¡Oh!, ¿adónde nos llevas?

La expresión del rostro —casi humanoide de aquella «iguana»—, la asustó.

¡Se había metamorfoseado por completo!

—¡Al palacio de los placeres! —sentenció.

Inmediatamente, un grupo de «galactos», que pertenecían a la guardia personal de Thi-tho, hicieron acto de presencia.

Eran tipos deformes y bestiales. Todos tenían un principio de cola como individuos mal fijados en la escala de la evolución...

Se acercaron al ingeniero...

—¿Qué queréis... bestiajos? —exclamó éste, poniéndose en pie con ánimo de pelea.

—¡Andando! —le ordenaron.

Las luces interiores del monocarril empezaron a titilar y a debilitarse...

Leónidas Steel fue dominado por aquellos monstruos entes galácticos.

La doctora se había puesto blanca como la cera.

—¡Quieta..., Pulpi-tah...! ¡Quieta o te mato!

—¡Suéltame!

La «iguana» profirió un grito terrible ya que la doctora le había clavado los dientes en la mano, sesgándole un dedo.

—¡Pécora!

La mujer corrió hacia el pasillo buscando Dios sabe qué... La infeliz no podía escapar.

Y cayó en manos de aquellos entes con cola de caimán.

CAPITULO VIII

Chas-Chas y Arjkst, junto con el jefe de policía, llamado Caimojj, se dirigieron al consejo de procreadores, constituido por siete miembros, que se reunían en la parte alta de la ciudad, en un local lleno de artísticas camas.

Las asambleas comarcales de procreadores dependían del consejo, que dictaba la política de embarazos por unidad territorial y año.

Todos los asuntos sociales y genéticos estaban reglamentados y medidos desde la cúpula, que ocupaba Thi-tho y sus descendientes, pues la forma de gobierno-estado de Tronkoh era una dictadura hereditaria.

Chas-Chas se llenó un vaso de *vodo-ka* —licor de glucosa sintética fermentada—, para calmarse.

—¡Este tipo lleva años sin acatar las decisiones del Consejo! —exclamó refiriéndose al dictador—. ¡No podemos continuar así!

—¡Imposible!

—¡Que lo aguante su madre!

—¡Acabemos de una vez!

—¡Fuera con él!

—¡A la mier…!

—¡Aplastémosle!

Recabada de tal modo la opinión de sus compañeros, Chas-Chas levantó la mano para imponer orden en el consejo.

Pero Caimojj, tipo bestial y de métodos expeditos, se burló de los otros, gritando:

—¡Comadrejas! ¡Mamarrachos...! ¿Sabéis dónde se encuentra ahora Thi-tho?

Un enano con ojos de fauno, llamado Ching-Ching, exclamó:

—Fue a dar una vuelta por las islas con el monocarril presidencial.

—¡Bestia! —escupió Caimojj—. Se dirigió a la «ciudad- fortaleza»,

llevándose a la terrestre.

—¿Al palacio de los placeres?

—Exacto, enano.

En esta «ciudad-fortaleza» —que ocupaba el espacio subterráneo de la Tercera Isla— es donde el tirano y sus secuaces podían vivir indefinidamente, pues controlaban los víveres, los manantiales de agua potable, las armas y los grandes silos atómicos... Desde allí, mandaban, igualmente, al espacio los volcanes humeantes que tanto sorprendieran a Ivan Ivanovich en su recorrido hacia Rigel. Aquellos ingenios, movidos por energía atómica, llevaban los detritus radiactivos de las fábricas de Tronkoh al terrible *black hole* que tragaba toda la materia o energía del cosmos que penetrara en su radio de acción.

La isla recibía normalmente el nombre de Grand-Thita-dah por ser el baluarte del tirano.

—Nada podemos hacer en este caso —expresó Aijkst.

—Por lo menos hasta que Thi-tho salga de alfa..., ¡maldita sea!

—La fuerza le protege y ampara.

—¡Nos machacaría con bombas de neutrones apenas nos lanzáramos contra él!

—¡Sólo nos toca callar y tragar bilis!

Caimojj, que estaba atascando la pipa, insultó de nuevo:

—¡Calzonazos...! ¡Gallinas...! ¡Cachipollas!

—¡Eh.J ¡Eh! —protestó Aijkst—. ¿Qué hablas ahora, granuja?

—¡Sin faltar... tú!

—¡Nene...! ¡Para el carro!

Pero tuvo que ser Chas-Chas quien impusiera silencio por segunda vez. Y lo hizo en caliente ya que alguno ni siquiera le escuchaba.

—¡Pornógrafos...! ¡Apestosos! —chilló—. ¿Queréis que me cisque en vuestras honorables madres?

—¡No! ¡No! —gritaron—. ¡No ensucies nuestros apeados!

—¡Madre sólo hay una... tú!

—¡Cállenseeee...! ¡Dejad que hable!

—Te escuchamos Chas-Chas.

Caimojj, causante de aquella gresca, encendía tranquilamente un *hah-bah-noh*. El tío tenía trastienda

Chas-Chas tomó la palabra al ver que el consejo de procreadores

se había calmado.

—No es hora de que discutamos entre nosotros como grajas —clarificó—, sino de afirmar nuestros derechos de procreadores natos. Evitar cualquier tipo de intrusismo venga de donde venga.

—¡Que nadie atropelle nuestra cama!

—¡Tenemos que recatar a la mujer terrestre!

—¡Eso! ¡Eso! —roncó Aijkst—. ¡No tolerar que Thi-tho nos la escamotee!

—¡Cualquier ensayo de procreación interplanetaria nos corresponda a nosotros y no a Thi-tho —corroboró Ching- Ching—. Salga bien o se vaya al garete.

—¡Zapatero a tus zapatos! —sentenció un larguirucho a punto de jubilación.

Pero…

—¿Cómo efectuar el rescate? —interrogó Aijkst.

—Empleando el cerebro.

—¿De qué forma?

—Astutamente.

—Habla.

—Caimojj pedirá audiencia a Thi-tho y éste se la concederá porque es el jefe de policía… ¿Estamos de acuerdo?

—Todavía no —gruñó el aludido—. Continúa.

—Una vez que te instales dentro —siguió Chas-Chas— buscarás la manera de abrirnos la puerta aprovechando los diarios festejos nocturnos de la ciudad… En estas circunstancias, no será difícil sorprender a Thi-tho y a sus generales en plena juerga y raptarlos, para imponer así nuestras condiciones a sus partidarios. Una vez sometidos los dirigentes, les cortaremos la cabeza y asunto concluido —miró a los procreadores—. ¿Qué os parece el plan?

—¡De fábula!

—Hummm —graznó Aijkst—, ¿no temes a los servicios de inteligencia que velan por la seguridad del jefe, husmear do todos los rincones de la Grand-Thita-dah?

Chas-Chas acalló los titubeos y las reservas de los otros con gran energía

—¿Acaso somos menos? —interrogó—. ¡No hay más dificultades que aquellas que nacen de vuestra cobardía!

Dichas palabras promovieron otra oleada de juramentos insultos

y protestas.

Caimojj, que chupaba el *hah-bah-noh* flemáticamente, masculló con voz ronca y desagradable:

—Impongo una condición.

—¿Tú? —preguntó recelosamente Chas-Chas—, ¿por qué?

—Porque soy el sujeto indispensable de la operación

—También los demás haremos nuestro trabajo.

—El mío es más importante.

—Sigue... ¿qué quieres?

—Que la mujer terrestre sea para mí.

—¡Que no lo vea el hijo de mi madre! —engallóse Chas Chas, que tenía los mismos propósitos de Caimojj.

—¡Pues no hay trato!

—Yo di la idea —emperróse Chas-Chas.

—Con ideas no se va a ninguna parte. ¡Aquí se trata de batir el cobre!

—Y de usar la cabeza.

—Y ¿qué?

—Yo usé la mía.

—Pues quédate con ella.

Caimojj hizo ademán de abandonar el consejo.

—Espera...

—No tengo ganas de discutir, Chas-Chas... —dijo tranquilamente el del *hah-bah-noh* seguro de su fuerza—, O lo tomas o lo dejas. Ahora —agregó socarrón—, me voy a dar una vuelta por el pueblo.

—Lo que pide Caimojj es justo —dijo en este punto Ching-Ching —. En el palacio de los placeres hay docenas de muchachas jóvenes y bellas como las tres lunas de Tronkoh... ¿Por qué pelearse por la terrestre? ¿Vale realmente la pena?

Chas-Chas se aprovechó del parlamento de Ching-Ching para hacer ver que transigía sin perder autoridad. En el fondo, pensó que era mejor así, ya que, una vez conseguido el propósito fundamental de derrocar a Thi-tho, tiempo le quedaría para ocuparse del sanguinario y orgulloso Caimojj.

—Está bien, está bien... —concedió Chas-Chas—. No pensemos más en el asunto.

Pero el jefe de policía quería concretar el negocio de la doctora Serkov para que no cupiera la menor duda.

—¿Significa esto de que estás de acuerdo conmigo…? ¿Que tengo un derecho absoluto… de vida y muerte sobre la tipa que llegó en la cosmonave?

—Por mí… —se encogió de hombros, rabioso—, ¡puedes cortarle la cabeza!

El bestial Caimojj se rió como una fiera.

—Que me place —escupió.

Y dio otra plácida chupada el *hah-bah-noh* mientras sus ojos triangulares despedían nefandos fuegos.

* * *

Tras cruzar el túnel abierto bajo el océano, el monocarril presidencial desembocó en la ciudad inexpugnable —llamada la Tercera isla o Grand-Thita-dah— donde sólo residían los guerreros de alto rango, los tónicos superformados, y las gentes de seguridad del tirano.

Una isla fortaleza.

Reducto además de las grandes cabezas.

Los repulsivos «semicaimanes» que custodiaban a Leoni das Steel y a la doctora Sherkov, dieron su misión por cumplida.

—¡Andando!

—¡Rápido!

Fueron arrastrados a empujones a una especie de vehículo celular que les esperaba en el andén terminal.

Prontamente, rodaron por las asfaltadas calles de la Tercera isla sin hacer el menor ruido. El coche funcionaba con motor eléctrico.

—¡Oh! —exclamó la doctora—. ¡Temía no volverte a ver!

Como estaban maniatados y sin poder moverse, Steel sonrió.

—¡Animo…!

—Pero… ¿qué va a ser de nosotros, Leónidas…? ¿Te figuras la suerte terrible que nos espera?

—¡Lucharemos!

—¡Cómo!

El ingeniero intentó traspasarle su fe en el futuro.

—Thi-tho es un loco —dijo—, como lo son la mayoría de los tiranos. Basta cualquier circunstancia para que cambie de humor y

de actitud.

—Y ¿qué?

—Que no me extrañaría que al llegar al palacio de los placeres se le hubiere pasado todo su encoño y malauva inicial...

—¡Le mordí un dedo!

El rostro de la doctora Serkov era tan expresivo, que Steel se echó a reír.

—No te preocupes —dijo.

—¿No le das importancia?

—Estos «galactos» tienen piel de cocodrilo, así que no creo que le causaras mucho daño.

—Sangraba.

—También sangran los caimanes. Superficialmente, ¡bah!

—¿De veras?

—Por supuesto.

La doctora suspiró.

Necesitaba creer en las palabras de su compañero porque dibujaban un porvenir esperanzador frente a las negruras del presente.

—¡Ojalá aciertes!

—Mira —añadió Steel, machacando de nuevo el mismo asunto—. Sólo viviré pendiente del descuido de mis guardianes, que se producirá un día u otro... Una vez consiga apoderarme de sus armas, ¡los aniquilaré! —había endurecido la voz. Luego, agregó—: Sin embargo, debo saber en qué lugar abandonaron la *Pléyades* para calcular los tiempos que necesitamos para conseguir huir, aprovechando la confusión que se organizara y la escasa capacidad de respuesta que tendrán estos tipos, confiados siempre en la impunidad propia del sistema... Tampoco me parecen muy inteligentes, como ocurre con todos los sabuesos de un tirano.

El coche celular, herméticamente cerrado, dio una ligera sacudida, anunciando que se había detenido.

En efecto, las puertas traseras se abrieron automáticamente.

Otras «iguanas», muy parecidas a las del monocarril, aunque con mejores modales, les invitaron a bajar:

—¡Moved las piernas!

—¡Seguidnos!

—¡Hala!

Steel les miró sin inmutarse. No convenía provocar al enemigo sino confiarlo.

Echaron a andar por una monumental avenida que parecía iluminada por Rigel.

Una feliz combinación de luz visible e invisible del espectro bañaba aquella parte de la ciudad como pudiera ocurrir en cualquier otra ciudad del planeta Tierra.

Como es lógico, aquel «Sol» calentaba igualmente la piel —radiación infrarroja— y la tostaba como en las playas terrestres en virtud de la luz ultravioleta.

—Comodidades no les faltan —murmuró Steel en voz baja.

—Ojalá que no sean tan «refinados» en otras cosas —adujo la doctora.

Se refería, comprensiblemente a los métodos de tortura que allí pudieran practicarse.

—No pienses en eso.

Por el camino se cruzaban con numerosos transeúntes, que marchaban rápidos y sin reparar en ellos.

Todos llevaban carteras y grandes gafas de concha sobre los ojos triangulares.

Sin duda, eran los técnicos encargados de que funcionara aquel extraño planeta peregrino del espacio. Su salida de Trapecio y el diluvio universal que sufrió luego, no sólo acabó con la población antigua sino que transformó trágicamente el hábitat y el espíritu de los escasos sobrevivientes.

Por lo regular, parece que cuando ocurren grandes cataclismos, el «terror» sea el resultado final de la operación. Lo mismo les pasa a las estrellas de gran masa —en general al universo y a la materia misma— cuando sufren colapsos gravitatorios catastróficos ya que les conducen a un agujero negro... tal vez a un «trozo» del átomo primigenio en que consistió la creación. ¡Tal vez al infierno mismo!

La avenida tenía un fin.

Torciendo a la derecha se comunicó con una plaza —no mayor que la londinense de Trafalgar Square— donde se alzaba un palacio ultramodernista que a Steel se le antojó que sería el de los placeres.

—Seguro que aquí termina nuestro viaje..., querida.

—¿Aquí? ¿En esta edificación...? ¿Qué puede ser?

—El palacio de nuestro común y buen amigo Thi-tho.

—No lo menciones.
—No tengo otro remedio.
La doctora echó un vistazo a la fachada y mostró su creciente recelo.
—No me gusta — confesó.
—Ni a mí —repuso el ingeniero con flema—, pero no creo que nos dejen escoger para largarnos a un lugar más tranquilo y vacacional y, sobre todo, menos problemático.
—Me temo que no.
Poco más pudieron agregar, ya que varios miembros de la vigilancia de palacio se hicieron cargo de ellos.

* * *

De momento les situaron juntos.
Disponían de una cómoda habitación con dos camas, de un comedor-salón y amplia terraza donde podían tumbarse tranquilamente. Como quiera que bajo la superficie de Tronkoh no llovía nunca, y —salvo una interrupción en el suministro de energía eléctrica— tampoco dejaba nunca de brillar el sol artificial, Leónidas Steel y la doctora moscovita no lo pasaban del todo malamente.
Por otra parte, la comida que les servía una doncella muy bonita —de ojos ligeramente escalenos— resultaba sabrosa y abundante y parecida a la terrestre.
En un momento dado, Steel preguntó a la doncella, que se llamaba Mimoh:
—Oye, nena... ¿llevas mucho tiempo sirviendo al gran Thi-tho?
—Desde que me raptó de casa de mis padres hace ahora tres años.
—¡La pobre! —se condolió Ursula.
—Pareces muy joven, Mi-moh.
—Veintitrés años (1[23]).
—¡Una niña!
Mi-moh agradeció las cariñosas exclamaciones de la doctora Serkov. De todas formas, le gustaba más hablar con el ingeniero Steel. Y lo encontraba más interesante.
—¿Qué piensan tus padres de tu infortunio? —preguntó el

hombre.

—No les he visto más desde entonces, pero tengo noticias de que están muy tristes.

—¿Por qué te raptó Thi-tho?

La muchacha enrojeció más de la cuenta.

—Le gusté.

—Ya.

Ursula hizo la siguiente pregunta. La misma que no se atrevió a dirigirle Steel.

—¿Viviste con él?

—Si…, dos años.

—¿Le diste hijos?

—No.

—Menos mal. ¿Te ha abandonado?

—Bueno…, sí.

—¿Te duele?

—¿Cómo puede pensar eso? —exclamó la muchacha estupefacta —. ¡Jamás viví a gusto a su lado…! Tuve que acceder a la fuerza.

—Comprendo.

Leónidas interrogó:

—¿Te gustaría volver con los tuyos, Mi-moh?

—¡Es un sueño!

—No lo creas.

La chica juntó las manos en actitud suplicante.

—¿Por qué dice usted eso…? ¿Por qué me engaña? ¡Sabe bien que es imposible!

—Ni te engaño ni es imposible —afirmó Steel muy serio—. Me gustaría podértelo demostrar.

La doctora intervino de nuevo. Comprendía lo que buscaba su compañero, pero, a la vez. temía que se precipitase.

—¿Por qué te has convertido en nuestra doncella…? ¿Acaso trabajas en palacio?

—Sí, en la servidumbre —repuso la cautiva—. Hasta que él quiera.

—¿Temes que pueda cansarse de ti?

—Se cansa de todo.

—¿Qué ocurrirá si esto sucede?

Puso una cara muy triste al afirmar:

—Thi-tho me matará.

Steel perdió los estribos ante la bondad y la desdicha de aquella criatura — símbolo eterno de una flor entre cardos—, y estalló:

—¡Que no lo vean mis ojos, maldita sea su alma..! ¡Caimán del diablo!

La deliciosa Mi-moh le respondió con un mudo e irreprimible puchero.

—Desahógate, niña —la invitó la doctora—. Estás entre amigos. No te condiciones.

Pasado este momento emocional, la conversación se fue animando.

La desgracia unía a los tres corazones.

—¿Sabías que somos «extratronkeros», llegados de otro punto de la Galaxia a bordo de una astronave?

Mi-moh asintió con un movimiento de cabeza.

—Las noticias corren —dijo.

—Pero hemos perdido el rastro de nuestro vehículo espacial —prosiguió Steel—, ¿podrías tú enterarte de su destino?

—Si.

—¿De veras? — preguntó gratamente sorprendido—. ¿Estás segura de lo que afirmas?

—Completamente, señor.

—Perdona que insista, Mi-moh. ¿Por qué?

—Porque uno de los criados de Thi-tho es amigo de mi padre y escucha todas las conversaciones del tirano porque no se recata hablando en su presencia, pero… —De pronto se interrumpió y sus ojos se redondearon a consecuencia de la sospecha—, ¡No pensarán ustedes en escaparse de Tronkoh!

—¡Más que en comer!

No le cabía en la cabeza.

—¿Se atreverían?

—¡Y tanto! —roncó Steel, reiterativo—. Y también podríamos llevarte a ti y a tus bondadosos padres.

Mi-moh estaba terriblemente confusa. Hecha un caos.

Eran demasiadas cosas las que le decían y le prometían a la vez. Todas demasiado buenas.

—¿Volveríamos de nuevo a Trapecio?

—No, bonita —dijo la doctora Serkov esta vez por Leónidas—, Te

llevaríamos a otro planeta, lejos..., muy lejos de aquí, que llaman Tierra.

—¿Son buenos los, los...?

—Terrícolas.

—Eso. ¿Lo son?

—Espero que la libertad y el amor no se extingan jamás allí, pase lo que pase —exclamó la moscovita, que ignoraba el destino de la humanidad a partir de la sobrecarga atómica del año 2.000.

Mi-moh estaba deslumbrada por un doble motivo. Primero, porque sabía que aquellos seres, con ojos de almendra y pelos en la cabeza, habían llegado del espacio exterior y que podían volver a él. Por lo tanto, no la engañaban; y segundo, porque tenían buenos sentimientos. Eran «galactos» generosos y bellos como una puesta de sol...

—Se lo comunicaré a mis padres a través de Kaldukkt.

—¿Quién es él?

—El criado de Thi-tho.

Steel se quedó unos instantes reflexivo.

—Sobre todo —remarcó—, aconséjales prudencia. Los espías y «soplones» deben andar sueltos por palacio.

—Kaldukkt los conoce a todos. No se preocupe, señor.

—De ti dependerá nuestra suerte, Mi-moh... ¿Te das cuenta?

—También la mía y la de mis padres.

El ingeniero sonrió. Era una muchacha bella, dulce e inteligente.

—Tienes razón, Mi-moh. ¡Que Dios te ayude!

CAPITULO IX

Caimojj, el bestial jefe de policía de la Segunda Isla, llamó a las puertas de la Grand-Thita-dah para poner en marcha la conspiración.

—¿Qué deseas? —le preguntó Sanggguilokkk, gobernador de la Isla y brazo derecho de Thi-tho.

—Ver al jefe.

—No recibe visitas cuando descansa en palacio.

—Ya lo sé.

Sanggguilokkk se cabreó.

—¿Si lo sabes por qué preguntas?

—Asunto urgente.

—Humm...

El gobernador abrió la puerta a regañadientes. El oficial de guardia y los demás números, armados de cabeza a pies, no perdían de vista al intruso, pese a llevar las insignias acreditativas de su alto cargo en la Segunda Isla.

—Vamos a mi despacho —indicó Sanggguilokkk—, Discutiremos el asunto tomando unos lingotazos de *vodo-ka*.

—¡Siempre tan generoso! —ponderó el recién llegado, haciéndole claramente la rosca.

Pero Sanggguilokkk no era tonto.

—Sigues siendo el lameculos de siempre —fe dijo—, cosa indispensable para hacer una buena carrera política en Tronkoh.

Caimojj intentó sonreír, pero por dentro se daba a todos los diablos. Sanggguilokkk le caía gordo.

No obstante...

—¡Cómo lo sabes! —espetó con aire cínico.

Penetraron en el puesto de control de armas.

—Suelta la artillería — indicó Sanggguilokkk.

—¡Eh!

—Como lo oyes, viejo.

Caimojj tragó saliva.

—¿Acaso desconfías de mí?

—¡Estarías ya muerto!

—¿Entonces?

—Simples medidas de seguridad.

—Pero...

—También rezan para ti aunque seas el jefe de policía de la Segunda Isla, ¿estamos?

Disimulando la turbación y la incomodidad, Caimojj entregó al oficial de vigilancia la modernísima pistola de rayos láser, que colgaba de su sobaquera.

El oficial le extendió recibo del depósito.

—La recogerás al salir de la isla —mascullό.

—Faltaba más.

Echaron a andar en dirección a las hermosas dependencias anexas al puesto de vigilancia y control de aduanas donde se encontraba el despacho oficial y la suntuaria vivienda del gobernador de la Grand-Thita-dah.

Sanggguilokkk era un tipo alto, robusto y repelentemente escamoso porque en la guardia pretoriana de Thi-tho tenían acceso preferentemente los individuos más abyectos y mutantes del proceso evolutivo. Últimamente se estaba produciendo una retrocesión biológica entre los hijos de los obreros más expuestos a la radiactividad de las fábricas. Estos individuos, cada vez más bestiales, pasaban a las escuelas de formación policial donde se les inculcaba la crueldad como norma de conducta y el acatamiento a las órdenes del tirano como reflejo condicionado.

Sanggguilokkk, conjuntamente con el general Siksrl, y el director de industria, Androjajt, formaban el triunvirato que prefería Thi-tho tanto para la toma de decisiones importantes como para las grandes juergas de palacio... Servían igual para un fregado que para un barrido, como decía humorísticamente el propio Thi-tho.

La criada y la mujer de Sanggguilokkk —cautivas de la Segunda y Primera Isla, respectivamente— odiaban a éste con toda su alma porque tenían que doblarse a sus insolentes caprichos.

Sanggguilokkk llevó a su compinche hasta el salón de la casa, y, una vez allí, pidió a grandes voces que le trajeran *vodo-ka.*

—¡Pécoras del diablo! —acuciaba—. ¡Como no andéis rápidas os correré con el látigo!

Caimojj celebró mucho las últimas palabras del gobernador

porque coincidía plenamente con sus ideas.

—¡Obediencia y eficacia! —afirmó—. Son las mejores virtudes de una ama de casa.

—Para eso están en el mundo.

Se instalaron cómodamente ante unos vasos de *vodo-ka* y el dueño de la vivienda atascó la pipa.

—Veamos ahora —murmuró—, ¿qué asunto de estado te trajo hasta esta isla?

—El descubrimiento de una conspiración.

Sanggguilokkk se envaró en el acto.

—¿Dónde?

—En la Primera y Segunda Isla.

—¡Por...! ¡No me digas que siguen vivos tos conspiradores!

—Siguen.

—¡Maldita sea tu alma...! ¿Por qué?

—Les protege un poderoso personaje de la Primera Isla.

—¿De aquí? —interrogó Sanggguilokkk, enrojeciendo de cólera —. ¡Di su nombre y yo mismo le cortaré la cabeza!

—Siksrl.

—¡El general!

—El general.

—¡Mientes!

Caimojj hizo lo más difícil de su vida: revestirse de dignidad, cosa que impresionó grandemente a Sanggguilokkk..

—¿Qué ganaría con mentirte...? ¿Sacaría algún provecho?

—No —repuso el otro convencido—. Te perjudicaría hasta la muerte.

Pero, en el fondo, seguía pareciéndole una barbaridad. Recordaba todas las juergas que había compartido con Siksrl..., todos los padres de familia que habían degollado juntos al apoderarse de sus lindísimas hijas... Siksrl tenía un golpe de machete formidable... ¡era un gran militar! Entonces ¿qué podía ganar rebelándose contra el *status quo* si lo tenía todo, empezando por la absoluta confianza del tirano...? ¿Se habría vuelto loco el general en jefe de todas las FAS de Tronkoh?

Pero de ser cierto lo que le explicaba Caimojj, se le presentaba una magnífica oportunidad de prestar un gran servicio al tirano y convertirse así en el personaje más importante de Tronkoh, después

del propio Thi-tho.

—¿Tienes pruebas fehacientes que demuestren la culpabilidad del general?

Asintió con la cabeza.

—Testigos —dijo.

—¿Dónde están?

—Esperan fuera de la isla... en el andén terminal.

—¡Ah!, ¿vinieron contigo?

—En el monocarril-express de las doce.

Sanggguilokkk, que recelaba de todo el mundo, analizaba los menores gestos del otro mientras le interrogaba.

—¿Cuántos testigos traes?

—Cuatro.

—¿Todos de fiar?

—Son miembros del consejo de procreadores.

—¡Ah!

Aunque Sanggguilokkk se pasaba las ordenanzas fornicadoras del consejo por salvas sean las partes, tenía que admitir que los procreadores oficiales constituían una de las clases socio-rectoras del país.

Teniendo en cuenta esto, cogió el teléfono y se comunicó con el oficial de puerta para ordenarle que dejara pasar a dichos personajes.

—*¡Ditoh-lej!* (1[24]) —exclamó el militar.

Momentos después -y precedidos por un cabo—, Chas- Chas, Aijkst, Ching-Ching, y el larguirucho a punto de jubilarse, penetraron en el salón de audiencias del gobernador.

Tras echar una inquisitiva y penetrante mirada al grupo, Sanggguilokkk se dirigió al cabo:

—Déjanos solos, muchacho.

—*¡Ditoh-lej!*

La mujer de Sanggguilokkk —siempre amedrentada y procurando anticiparse a los menores caprichos del odioso personaje— apareció con dos nuevas botellas de *vodo-ka*, que dejó sobre la mesa de los reunidos.

—¡Lárgate ya, bruja! —le premió el bestial individuo.

Pero Chas-Chas sorprendió al esbirro.

—Mejor que tu parienta no se vaya, que se quede aquí.

—¡Eh...! ¿Qué chamullas tú?

—Lo que oyes.

Sanggguilokkk puso una cara como no recordaba haberla puesto jamás en la vida.

—Explica... te — barbotó.

—¡Con esto!

—¡No!

Chas-Chas le mostraba una pequeña, pero mortífera pistola de rayos láser.

Los desorbitados ojos del gobernador miraban a todos los reunidos en busca de una explicación.

—¡Si quieres salvar el pellejo, obedece! —conminóle Chas-Chas, que seguía llevando la voz cantante.

—Sí; sé buen chico —se rió Ching-Ching.

Caimojj, por el contrario, se entretenía mirando a la «dueña» de la casa. La «gobernadora» le caía bien.

El jefe de policía de la Segunda Isla era una «iguana» insaciable.

Sanggguilokkk buscaba recuperar el aplomo, fuera como fuese, para salvar la vida.

—¿Qué queréis de mí?

—Poca cosa, pero bien hecha.

—¡Habla!

—Que llames a Thi-tho y al general y los reúnas aquí, en tu casa.

—Thi-tho no querrá abandonar el palacio de la presidencia — masculló.

—Tú le obligarás.

Sanggguilokkk sudaba.

—¿Qué pensáis hacer con él y con el general?

—Cortarles la cabeza —saltó Ching-Ching—. Como jefe de seguridad de esta isla, ¿te parece bien la idea?

—Los mandos le son adictos —intentó objetar—. No os obedecerán.

—La inteligencia depende de ti.

—Y ¿qué?

—Tú le mandarás. Mandarás a todo el mundo si eres bueno y complaciente.

Sanggguilokkk creyó entender que, por el momento, su cabeza estaba a salvo.

Ching-Ching deslizó:

—Vas a recibir la púrpura.

Los ojos del gobernador se dilataron de asombro, de recelo y de ambición.

—¿Pensáis coronarme dictador?

—De pega.

—¿Qué quieres decir?

Aijkst se lo clarificó en nombre del grupo.

—Que gobernarás al pueblo en nombre de nosotros y para nosotros.

Sanggguilokkk aún dudaba, aquilatando el pro y el contra de la situación.

La pistola de láser que esgrimía Chas-Chas apuntó recatadamente a su cabeza.

—¿Te decides, amigo mío —interrogó con sospechosa suavidad— o prefieres que tus restos vayan a parar a un cubo de basura atómica?

—¡Obedeceré!

—Mucho te ha costado.

—Anda... ¡muévete! —gritó Ching-Ching.

—Dejadme que recobre el aplomo... —solicitó Sanggguilokkk, que se veía andando sobre el filo de una navaja—. Thi-tho podría recelar de mí.

—Procura que esto no suceda, hermano —deslizó el larguirucho a punto de jubilar.

—¿Crees que tenemos todo el tiempo del mundo para perder? —gruñó el impaciente Caimojj—. ¡Maldita sea tu alma...! ¡Mientras resuelves la cuestión iré a charlar con tu mujer..! Guapa sí que está ella —y soltó una infame carcajada.

* * *

Mi-moh penetró en la terraza convertida en un verdadero manojo de nervios.

Steel se levantó de un salto, exclamando:

—¿Qué te ocurre, bonita? —Y como olfateara novedades, agregó —: ¿Por qué estás tan agitada?

—¡Conozco el paradero de la astronave! —murmuró ésta

sofocada, pero con el rostro radiante de felicidad—. Kaldukkt ha conseguido descubrirlo... ¡ha cumplido con su palabra!

—¡Fabuloso...! ¡Magnífico!

—Calma, calma... —recomendó la doctora Serkov—, Ven, Mi-moh... siéntate a mi lado.

—¡Oh! —dijo ella—, parece que el corazón me va a estallar...

—Espera...

Ursula le preparó un bebedizo, a base de toronjil y agua. Resultaba una mezcla tónica y tranquilizante.

—Bébelo..., nena.

Mi-moh obedeció.

—Así, despacito... ¿Te encuentras mejor?

—Sí, sí... — murmuró suspirando.

—Bueno, ahora puedes contarnos las cosas.

No se hizo rogar.

Refirió, primero, las aventuras de Kaldukkt —plagadas de muchos incidentes— hasta que consiguió la información completa, que, para mayor seguridad, confirmó personalmente.

—¿Dices que han trasladado la nave a la Primera Isla?

—Sí, a un campo de pruebas.

—¿Está la *Pléyades* en la superficie del planeta?

—Sí, sí...

La pregunta siguiente fue obligada.

—¿Cuántos guardianes la controlan?

—¡Ninguno!

—¡Imposible!

—Le aseguro que es verdad —insistió la chica con calor—. Tampoco pueden sospechar que alguien vaya a quitársela.

El razonamiento de la muchacha era muy aceptable. El pueblo se había conformado con vivir y trabajar. Todo lo demás le resultaba ajeno.

Una filosofía letal, de esclavitud aceptada, constituía el espíritu de Tronkoh. Entonces, ¿quién iba a robar la nave?

—De forma que bastaría con llegar allí —dijo el ingeniero en voz alta—, meternos en la cosmonave y despegar tranquilamente, ¿no?

—Tal piensa Kaldukkt.

—¡Inteligente muchacho! —expresó la doctora.

—Dime, Mi-moh —preguntó Steel—, ¿están preparados tus

padres?

—Ya se han desplazado a la Primera Isla —repuso— con pretexto de visitar a unos familiares que tienen un comercio de *Ohlioh-ti* (1[25]) en una barriada de los suburbios.

Steel se sirvió un vaso de *vodo-ka*.

Estaba excitado. —¿De qué forma podemos escapar de palacio..., nena?

Mi-moh se levantó la falda. Dentro, bien escondidas, llevaba dos pistolas láser, último modelo, que contrastaban con los muslos blancos, perfectos y apenas escamosos de la interesada.

—Me las dio Kaldukkt para hacer frente a los guardianes —manifestó con firmeza.

—¡Que Dios te bendiga!

La doctora Serkov no pudo contenerse y abrazó y besó repetidamente a la doncella.

Steel, que sentía los mismos deseos de la rusa, se contuvo para no propasarse involuntariamente.

Al cabo de unos instantes, preguntó:

—¿Cuántos soldados custodian palacio?

—Afortunadamente muy pocos...

—¡No me digas!

—Thi-tho ha salido con destino a casa del gobernador acompañado de sus fuerzas de seguridad. Cuando tal ocurre —clarificó—, sólo queda un pequeño retén de policía en la entrada de la fortaleza. No más de seis vigilantes.

—¿Tan pocos?

—Sí.

—Es pan comido.

—¡Dios está de nuestra parte!

Steel minó a la doctora que había hablado.

—¿Dispuesta, pues?

—¡Figúrate!

—Vamos.

Dirigidos por la doncella —y protegiéndose en los ángulos del faraónico moblaje del tirano para no ser sorprendidos por una imprevista contingencia—, llegaron al *hall* de palacio.

Los «polis» se entretenían jugando a cartas y blasfemando como carreteros...

La doctora Serkov tropezó involuntariamente con un gran jarrón de porcelana que cantó las cuarenta como si jugara al tute.

—¿Quién anda por ahí? —interrogó el comandante, más sorprendido que preocupado.

Steel ganó el vano de la puerta de un ágil salto.

—¡Yo! —exclamó.

Ocupaba la entrada con una pistola láser en cada mano y una fría decisión en los ojos.

Se desarrolló una estereotipada e infernal barahúnda de imprecaciones.

—¡El prisionero!

—¡Condenado terrí…!

Steel apretó los gatillos sin la menor compasión.

—¡Ahhh...!

—¡Malva...!

—¡Traición!

—¡Soco...!

Los sabuesos fueron doblándose como polichinelas sin poder terminar sus exclamaciones.

El paso quedó expedito en cuestión de segundos.

Había que aprovecharlos al máximo.

Mi-moh, que tenía la llave de palacio, abrió sus puertas. Mientras tanto Steel y la doctora se enfundaban los uniformes de los guardianes muertos, y sendas gafas oscuras para disimular la forma de los ojos.

Salieron a la plaza.

—¿Se encuentra muy lejos la estación del monocarril, Mi-moh? —preguntó el ingeniero.

—Media hora.

—¿No funcionan taxis?

—¿Qué es eso?

—Coches de alquiler.

—No, no...

Echaron a andar por la misma avenida que horas antes recorrieran con un furgón celular.

La gente seguía andando con sus voluminosas carteras y sin preocuparse del entorno. Más que seres inteligentes parecían autómatas, verdaderos robots.

La estación era amplia, magnífica... Pidió tres billetes para la Primera Isla

—Diez *tronkol's* (1[26]).

Sin embargo, el ferroviario ni la miró. Toda aquella gente parecía aburrida, desmedulada... La técnica y la falta de libertad les había entristecido e insensibilizado.

—¿Cuándo sale el monocarril?

—A las tres de la tarde.

Faltaba una hora.

Abandonaron la ventanilla para ir a ocupar uno de los bancos del andén.

Apenas habían avanzado una docena de pasos que —procedente del lado de la aduana—, se oyó un fuerte tiroteo, que pronto se convirtió en una auténtica ensalada de gritos, carreras, espantos... hasta que las sirenas de alarma conmovieron y paralizaron con sus potentes chillidos toda la monótona y tristísima paz de la Grand-Thia-dah.

Como es lógico, Steel pensó que todo aquello iba referido a su huida del palacio de los placeres, descubierta por alguno de los propios sirvientes de la fortaleza. Supuso que el asombro se convirtió en alarma al descubrir los cadáveres de la policía asesinada.

—¡Maldita sea! —roncó—. ¡Tenemos que apoderarnos de un monocarril! ¡Escapar de aquí!

—¡Dios mío...! ¡Dios mío! —exclamó la doctora con gran inquietud.

Mi-moh señaló una máquina que estaba haciendo maniobras.

Steel no se lo pensó dos veces.

Tomando un rápido impulso corrió tras la locomotora, que alcanzó en un cambio de agujas.

Saltando sobre el estribo, encañonó con la pistola al conductor.

—¡Si abres el pico te mato!

El infeliz pareció no dar crédito a lo que veía.

—¿Quién eres tú? —preguntó. Y observando el uniforme de la guardia de palacio, exclamó—: ¿Acaso te has vuelto loco?

Steel ganó la plataforma.

—¡Para la máquina! —le conminó.

Encogiéndose de hombros, obedeció.

Momentos después, la doctora Serkov y Mi-moh se instalaron

junto al ingeniero y al asustado maquinista.

—¡Lánzate a toda velocidad a la Primera Isla! —ordenó Steel mientras clavaba la pistola de láser en los riñones del honrado trabajador.

—¡Voy volando! —exclamó el infeliz.

CAPITULO X

Los conspiradores del consejo de procreación calcularon muy mal la fortaleza de Thi-tho y la astucia y recursos de Sanggguilokkk.

Pagaron el error muy caro.

Reducidos por una guardia selecta de asalto, después de un feroz tiroteo, los cuerpos de Chas-Chas, Caimojj, Ching- Ching y el larguirucho a punto de jubilación, se balanceaban en las almenas del palacio de los placeres con dos palmos de lengua fuera...

Caimojj era el que tenía la lengua más larga y más sucia...

Pero, poco después, se descubría la huida de los terrestres y la matanza de los guardianes de la puerta del palacio, así como la noticia de que un monocarril avanzaba a trescientos kilómetros por hora por los túneles submarinos sin respetar ninguna señalización y camino de la Primera Isla.

No se necesitaba mucha inteligencia para sospechar que aquel enloquecido tren-bala transportaba a los condenados terrestres.

Y como así lo pensaron y creyeron los que rodeaban a Thi-tho, el general Siksrl alertó personal y telefónicamente a las guarniciones de la isla para que tomaran las medidas convenientes para apresar a los fugitivos, cargarlos de cadenas y devolverlos al palacio de los placeres para ser juzgados por el propio Thi-tho, dueño y señor de Tronkoh.

No obstante cuando todo esto ocurría el tren había llegado ya a su destino...

Steel se abrió paso a gatillazo limpio...

Pero, al llegar a la superficie —escasamente a cien metros de donde se erguía orgullosamente la *Pléyades*—, una compañía de *Mahrih-nesh* (1[27]) se había situado tácticamente sobre el terreno para evitar que los escapados se adueñaran de la cosmonave y se dieran el piro hacia la magnitudes galácticas...

El ingeniero soltó un juramento de rabia.

Calculó que, de haberse hallado solo, tal vez consiguiera deslizarse por el campo como una serpiente y sorprender al grupúsculo de soldados que protegía en última estancia la escalerilla de acceso al vehículo espacial. No era su caso.

Cuatro inocentes e indefensas criaturas confiaban en él, y su deber era defenderlas aun a costa de su propia vida. Lo tenía muy claro.

—Seguidme —ordenó en voz baja—, pero sin precipitaciones..., procurando hacer lo que yo hago.

Leónidas Steel recordaba sus prácticas de paracaidismo en los supuestos lanzamientos detrás de las líneas enemigas como tantas veces habían simulado los alumnos de la academia aeronáutica de Kiev, donde cursó sus primeros años militares.

Desgraciadamente habían sido vistos por el enemigo y se cruzaron los primeros disparos... La sangre manchó la tierra.

—¡Dios mío...! ¡Dios mío! —exclamó la dulce Mi-moh abrazándose al cuerpo de su madre.

La infeliz mujer fue alcanzada por una ráfaga de metralleta en el pecho y ni siquiera pudo articular palabra. Solamente los ojos de la moribunda dirigieron una mirada de infinito amor a su hija como dándole ánimo para que prosiguiera su camino en busca de la libertad...

La doctora Serkov le cerró los ojos...

—Vamos, Mi-moh —dijo, emocionada—, «ella» será más feliz si te ve desde el otro mundo fuerte y animosa... Tu madre ya no necesita nada de nosotros... ¡Déjala que duerma en paz!

Un sollozo entrecortado rubricó el despido de la huérfana. Ursula Serkov la acompañó en todo momento temiendo que la pobre muchacha se olvidara de si misma y cayera bajo las balas asesinas como había caído su madre.

Aquella gente no conocía ni la piedad ni el perdón.

A mitad de camino de la astronave, Leónidas Steel comprobó con desesperación que sus enemigos les habían cercado, y que de ninguna forma conseguiría romper el dogal acompañado de las mujeres y del anciano padre de la doncella.

Se reagrupó con ellos sobre un bache del terreno y con voz firme y tranquila dijo:

—Seguramente vivimos los últimos momentos, pero... —entregó una pistola a la doctora—, no permitas que Mi-moh o que tú... Ursula querida... caigáis en manos de estos monstruos. La muerte es siempre mucho más piadosa...

Leónidas hizo un gran esfuerzo para no emocionarse.

Pero los ojos hablaban por su alma.

—¿Crees que nunca más volveremos a vernos..., Leonidas?

—¡Dios no lo quiera! —exclamó con calor—, ¡Te buscaría por todos los rincones del cielo!

—¿Eso quiere decir...?

—Que te quiero... ¡que te quiero con toda mi alma Ursula! ¡No podía abandonar este mundo sin decírtelo!

La mirada de la doctora fue una caricia de luz y de sentimientos.

Le ofreció los labios.

—¡Amor mío!

—¡Cariño!

El deliquio amoroso fue interrumpido por la áspera y triunfal voz del comandante de los *mah-rih-nesh*, uno de los más brutales servidores del tirano.

—¡Habéis caído como roscas —exclamó—. También sabemos que entre vosotros hay una doncella del palacio. Hermosa joven..., ja, ja, ja... —la risa de aquel bestia arañaba los tímpanos—. Pero lo pasará bien la muñeca... ja, ja, ja... Nada menos que cuarenta soldados la esperan para matarla de felicidad... —y cambiando el tono de voz escupió—: ¡Salid del escondrijo, comadrejas!

Mi-moh se había puesto blanca como un papel.

Tal vez por esto, ocurrió lo no deseado.

Rugiendo como un loco, el padre de la muchacha se lanzó en dirección a donde había sonado la voz en un disparatado deseo de vengar la ofensa, completamente sordo a todo sensato requerimiento.

Los soldados dejaron que se acercase a sus líneas para balearle a discreción...

Saltó por los aires como una pelota.

Mi-moh, la desgraciada criatura, no tuvo ya ni fuerzas para llorar.

La voz del comandante se dejó oír a continuación:

—¡Venga...! ¡Salid de la madriguera!

Steel, con la frialdad que presta el convencimiento de la propia muerte, replicó cortante:

—¿Por qué no vienes tú a por nosotros..., rata coja?

Fue superior a la capacidad de asimilación del brutal jefe.

—¡Adelante! — vociferó a sus hombres.

* * *

El cielo se cubrió de luces cegadoras mientras que un ruidoso y gigantesco pájaro de hasta cinco metros de altura se iba acercando al lugar del combate con todas las formalidades que la situación requería...

—¡Otra *Pléyades*l —exclamó la doctora Serkov boquiabierta.

No menor fue el pasmo experimentado por Steel.

—¡No sé si sueño... o estoy ya en el otro mundo! —roncó.

Menos satisfactoria fue la aparición para los sitiadores que quedaron desconcertados y se pusieron inmediatamente a la defensiva.

Pero Ivan Ivanovich, lejos de posarse en tierra, se mantenía dando vueltas sobre el terreno y accionando la pistola láser cada vez que encontraba una diana adecuada donde ensayar.

Y no lo hacía del todo mal, ya que las fuerzas de Thi-tho disminuían conforme pasaba el tiempo, y éste trabajaba en favor del enamorado cosmonauta, ruso.

Sin embargo, la situación no podía durar. La astronave sería muy pronto batida por los misiles atómicos propios de un planeta que había llevado la tecnología nuclear hasta extremos increíbles... ¡capaz de arrancar una masa de 6.000 trillones de toneladas de la fuerza gravitacional de la estrella Omega entre las múltiples del Triángulo!

Parece que Ivan Ivanovich, que no era tonto, debió recelarlo así, pues después de cuatro lápidas pasadas, disparó el trípode de sustentación al suelo.

En el campo de batalla se había producido una carnicería, pero no el deseado exterminio. Cuando menos, el brutal comandante de la partida quedaba ileso y en pie, pero con unas ansias de venganza cósmicas y diabólicas.

De momento se mantuvo agazapado sobre el herbaje como un caimán buscando atacar la presa...

Ivan Ivanovich, pistola en mano, descendió por la escalerilla...

Ursula Serkov y Leónidas Steel se restregaron los ojos infinitas veces antes de fijarlos en su salvador.

—¡Inaudito!

—¡Fantástico...! ¡Asombroso!

—¡Ivan Ivanovich!

No sólo tardaron en reconocerle, a causa de lo impensado de la situación, sino porque el Romeo estelar, tenía figura de esqueleto cósmico en vez de ser humano.

Poco más podía esperarse de él, sin embargo, cuando con un puñado de huevos duros y otras bagatelas de corto alcance, se había lanzado a la conquista del espacio en busca de su amor.

—¡Ursula...! ¡Corazón mío!

El alma de la doctora se bañó de gratitud.

Sintió hasta ganas de llorar.

El infeliz cosmonauta, que apenas podía sostenerse en pie, avanzó trompicando el encuentro de su amada.

Con los brazos abiertos...

¡Como un fantasma desproteinizado!

También ella corrió a su encuentro... presa de una crisis extraña... de tantas y tantas cosas juntas...

—¡Ivan...! ¡Ivan!

—¡Amor mío! —replicaba éste radiante de alegría—. ¿Pudiste sospechar nunca que te abandonaría a los peligros de un universo terriblemente desconocido?

—¡No, nunca, Ivan!

—¡Tu fe en mí me recompensa... me, me... —reía y lloraba a la vez—, me engorda, alma mía!

—¡Qué buena falta te hace!

Steel, agradecido y sombrío a la vez, cogió por el brazo a la desgraciada Mi-moh y se aproximó a Ivan Ivanovich, miembro como él de la academia de Ciencias de Moscú.

Por el camino, explicó a la doncellita de qué se trataba.

—¡Oh! —dijo ella—, ¿no es maravilloso?

—Sí, nena —repuso—, pero nuestra felicidad en la vida tiene que pagar un precio... ¡también lo has pagado tú!

—Con la vida de mis padres.

—Pero ellos lo querían así con tal de verte a ti libre, Mi-moh —suspiró—. Hay que ser generoso.

Ivan Ivanovich se desprendió de los brazos de la doctora al ver a Leónidas Steel.

Sonriendo, interrogó:

—¿Qué tal, camarada?

—Bien, gracias a ti. Y ¿tú?

—Feliz al verme rodeado de Ursula y de mis amigos —luego reparó en la muchacha—, ¿quién es ella?

Fue la doctora quien se lo explicó en pocas palabras.

—¡Pobrecita! —exclamó Ivan Ivanovich, entristecido—. ¡No me perdonaré nunca no haber salido cinco minutos antes del cosmodromo de Cheliabikns... ¡tus padres estarían ahora vivos!

—Gracias, señor —repuso ella—. Es usted muy bueno... ¿Me permite que le dé un beso!

—¡Mil, criatura! —balbució Ivan Ivanovich—, ¡Y ojalá ese beso resonara en todas las moléculas del espacio!

La «galacta» y el terrestre se fundieron uno en brazos del otro.

Pero conjuntamente, con aquel beso estelar resonaron dos secos estampidos...

¡El «caimán» de Tronkoh había abierto sus fauces llenas de sangre!

¡Había disparado!

Steel reaccionó como una centella, pero fue tarde...

El «caimán» se rebatió contra el suelo con los estertores de la muerte, pero los dulces cuerpos de Mi-moh y de Ivan Ivanovich rodaban por el suelo estrechamente abrazados... como si los lazos del amor universal triunfaran sobre el odio...

Ursula se abalanzó sobre los caídos...

Mi-moh estaba muerta. El proyectil le había destrozado el cerebro, pero Ivan Ivanovich agonizaba...

—¡Ivan...!

El desgraciado apenas podía hablar.

—¡Me mué... ro! —dijo.

—Ayúdame, Leónidas —exclamó ella, desesperada—. Lo trasladaremos a la astronave...

Pero...

Un grupo de naves portamisiles avanzaban por el océano procedentes de la Tercera Isla.

En menos de un cuarto de hora estarían en disposición de tiro...

Ivan Ivanovich se apercibió de que moría y una extraña lucidez —fruto, tal vez, de la clarividencia del Más Allá—, le llenó de paz.

—¡Dejadme...! ¡Iros! —balbució—, ¡No quiero ser vuestro

compañe…ro muerto durante dos mil a…ños…! ¡Todavía estáis a tiempo…!- ¡Aprovechad…lo…! ¡I…ros…! ¡Sed muy feli…ces! ¡A…diós!

Y cerró los ojos para siempre.

Llorando, aunque empujada firmemente por Leónidas Steel, Ursula Serkov penetró en la *Pléyades*, la misma donde el infeliz Ivan se muriera de hambre durante veinte siglos.

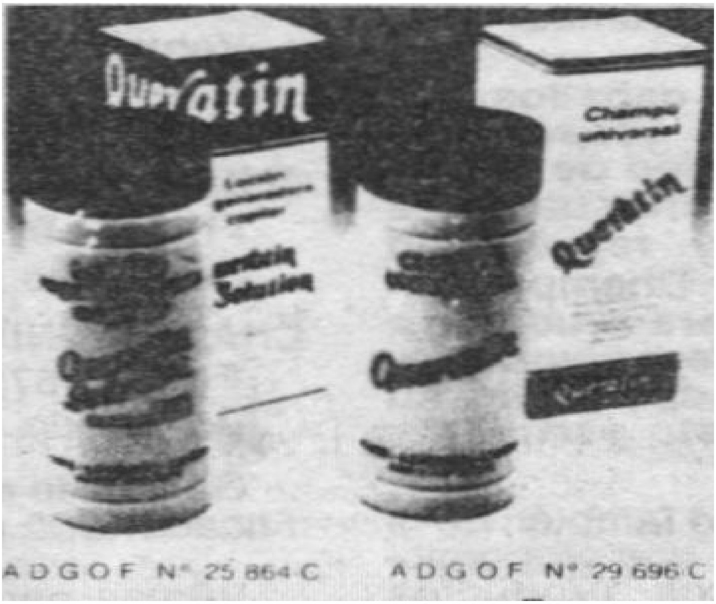
—¡Era un santo! —manifestó, cubriéndose el rostro con las manos para sollozar amargamente.

Steel encendió los cohetes de la cosmonave, cuando ya los de las lanchas les enfilaban con sus dantescos cañones…

A través del gran cristal de popa, el cuerpo de Ivan Ivanovich todavía abrazado a la dulce Mi-moh parecía agigantarse de tal forma que él sólo ocupaba todo el universo desde el primer Día de la Creación…

F I N

¿Cuántos cabellos
ha perdido usted hoy?



¡No espere a quedarse calvo!

Un buen consejo para usted: Utilice Queratín Loción y Queratín Champú

Aplique usted el procedimiento efectivo para procurar resolver los problemas de su cabello, que consiste en usar una buena loción con el objeto de que le facilite el proceso regenerador de las raíces capilares.

Con esta finalidad se elaboran y comercializan con mucho éxito los preparados **Queratín 'Loción y champú Universal Queratín** , que por su gran efecto tónico son muy recomendados para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.para evitar la caída del cabello y acelerar su crecimiento.

A los POCOS días del uso metódico

de **Queratín Loción** y **Champú Universal Queratín** usted notará su influencia en el estado general de su cabello y continuado el tratamiento podrá observar pronto apreciables y beneficiosos resultados

Por sus excelentes y valiosos efectos los preparados Queratín son muy aconsejados para hombres y mujeres en los siguientes casos:

-Eliminar gradualmente la caspa y el exceso de grasa del cuero cabelludo.

-Fortalecer y cuidar las raíces mejorando el aspecto decaído del cabello.

-Proporcionarle a éste mayor volumen y brillo, dejándole sedoso, suave y fácil para peinar.

(*Continúa en la página siguiente*)

siguientes precios:

QUERATIN LOCION
Frasco: 975 pesetas.
Contenido 200 mi.
CHAMPU UNIVERSAL QUERATIN
Frasco: 875 pesetas.
Contenido 200 mi.
Gastos de embalaje y envío certificado. 250 pesetas.

Ventas para el extranjero: Los dos frascos QUERATIN (Loción y Champú) incluidos los gastos de embalaje y envío certificado, aéreo y urgente. 30 DOLARES USA. Acompañando esta cantidad en billetes grandes muy disimuladamente en la carta certificada de pedido. o adjuntando Cheque bancario con firma de gerencia, con la absoluta seguridad de que se lo serviremos a correo seguido.

00166

9 788402 092816

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

(1) Nombre dado por antonomasia a nuestra Vía Láctea.

(1) 1 pársec: 3,26 años-luz = 30,85 billones de kilómetros.

(1) Exactamente 29,8 km/seg.

(1) La antigüedad del Sol, modesta enana amarilla de tipo espectral G2 se calcula en unos 5.000 millones de años.

(1) Entró en funcionamiento en 1976. Supera en 1 metro el Hale de cinco metros del Monte Palomar (California Estados Unidos).

(1) Piedras cósmicas.

(2) Distancia media entre el Sol y la Tierra: 149.000.000 km.

(1) Escala Fahrenheit. Equivale a 20 grados centígrados.

(1) Partícula misteriosa procedente de la desintegración del neutrón. Por carecer de masa atraviesa fácilmente las estrellas y planetas que se oponen a su trayectoria.

({10}) 133 km/hora.

(1) Hermosa chavala, ¿no?

(2) ¡Bravo...! ¡Bravo, gran Thi-tho!

(1) Poco serias.

(1) Narices.

(2) Adulador, chaquetero.

(3) La llamada «locura de las computadoras».

(1) Viajera Cariñosamente.

(1) Agraciado, lindo.

(2) Señoras poco atractivas.

(1) Especie de cigarro puro.

(1) Expresión grosera. Se puede traducir por ¡caramba!

(1) Dinero.

(1) 17 años terrestres.

(1) ¡A la orden!

(1) Aceites y sus derivados.

(1) Moneda oficial. Equivalente a 2 dólares.

(1) Tropas de desembarco y asalto. La compañía constaba allí de 46 Mah-rih-nesh.